AÑO IV — BUENOS AIRES, 11 DE MAYO DE 1925 — N.o 172

BIBLIOTECA

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

La estatua de madera

La estatua gigantesca del mariscal que otrora la muchedumbre tachonara con clavos de metales preciosos, ha sido animada por el soplo ardiente de una voluntad colectiva. Se ha puesto en movimiento y ya se halla en trance de gobernar. Hindenburg es ahora presidente de la república, y es también jefe de un imperio invisible que, espontáneamente, se coloca en el centro de la mente y de la raíz de las almas de muchos millones de alemanes, en detrimento de otros tantos o más.

Sí; ese monumento, inane e inerte por lo materialote, erigido por la idolatría de un pueblo borracho por el mosto hirviente de la sangre vertida durante la guerra, es el eterno símbolo de la sempiterna estratagema guerrera, que se remonta al mitológico caballo de Troya. Alrededor de esta momia, de este cadáver bien conservado, proa mocha de los junkers y del espíritu cavernario, palidecen los innumerables matices de los numerosos partidos teutónicos, a fin de constituir la unión sagrada, compuesta, en su mayoría, de traficantes y bandoleros, a usanza de los demás países. Alemania, vencida y humillada, quiere su puesto al sol. Los caminos santos y regeneradores de la rebeldía le están vedados. Ella entonces apela a la virtud máxima de la raza: al dogma de la obediencia ciega y disciplinada.

Ya, hace tres o cuatro décadas, Eça de Queiroz, escribiendo en un diario brasileño, predecía el peligro que significaban los cuarenta y pico millones de habitantes alemanes conducidos por un soberano histérico y megalómano. Y añadía que la gravedad de este peligro emanaba de lo fácilmente que estos súbditos podían convertirse, en un momento oportuno, en obreros, soldados, y casi siempre esclavos. Y esa docilidad alemana fué explotada con acierto criminal por sus mentores ilustres y la multitud de políticos de fuera y de dentro. Y universalmente se colaboró a fin de impulsar a esta nación por la pendiente de sus errores, precipitando la catástrofe. Las responsabilidades, si hubiesen de repartirse entre los verdaderos culpables, son tantos que se disiparían en el olvido. Por eso, siguiendo la inveterada costumbre, se concentran las culpas en un solo núcleo. Alemania es la que recibe toda la presión de las fuerzas morales venidas del exterior, sancionadoras de las medidas coercitivas.

Este fenómeno explica en cierta manera, el hecho que los alemanes hayan recurrido a esa estatua de madera en demanda de su salvación próxima o futura. A pesar del desarrollo científico de las cabezas y mentalidades teutonas, siguen adorando los fetiches de los primitivos hunos: el fetiche de la violencia regimentada y sanguinaria, del despojo y del crimen. ¿Qué es esta estatua de clavos de oro y plata sino la esencia de esa doctrina?

Pero no exageremos. No nos abandonemos en los brazos de la fatalidad de los hechos consumados. No existen razas rematadamente malas, como no hay tampoco individuos de tan extremada calaña. Y, tratándose de una colectividad, menos. Si universalmente imperase el espíritu del bien y de la fraternidad entre seres de la misma especie, no se engendrarían esos monstruos a quienes entregamos nuestra propia vida con la ilusión de hallarnos mejor defendidos.

Y esto es lo que acaba de acontecerle al pueblo de Alemania... Se hizo tragar por la ballena del militarismo para luego ser vomitado otra vez en los campos de batalla. Por ahora se entró en esa estatua de madera, acostándose en el lecho de Procusto de esos clavos de oro y plata con que otrora la tachonara.

GLOSARIO

La ciudad de los suicidas

En Viena, el día primero de mayo, se suicidaron diez y nueve personas porque no encontraban ocupación. Sí; las ciudades, con sus monumentales armarios como casas — verdaderas conejeras — y sus callejuelas pestilentes, son los escaparates monstruosos donde hierven como gusanos las muchedumbres y sus pasiones. Van tras de una felicidad comestible y materializada, que casi nunca se pone al alcance de su mano y de sus mandíbulas trituradoras. Su atmósfera viciada por los ácidos de todas las sensualidades y por deseos insanos, se hace cada día más irrespirable. Se hace de tal modo irrespirable y asfixiante, que los que se libertan de su opresión, suicidándose, son olvidados a los diez minutos. Tan natural nos parece este fenómeno. Sí, en Viena el día primero de mayo se suicidaron diez y nueve personas. Y aun se afirma que la manía del suicidio cunde como una epidemia.

Aquí... Vamos, en esta jauja, nada acaece ni sucede. ¡Diez y nueve suicidios en un solo día! ¿Qué son diez y nueve muertos para una ciudad que se estima y respeta e intenta batir todos los records, incluso el de los suicidios?

Y ahora se dirá que los pobrecitos aliados no se sacrificaron por Austria y sus habitantes, colmándolos de un surtido completo de felicidades, y que ellos, ingratos, antes de reconocer esos beneficios prefirieron huír a otra estrella, matándose...

Existen seres — según el optimista concepto de Schopenhauer — que por su ferocidad y bajos apetitos afrentarían a las fieras y serían capaces de asesinar un semejante suyo para extraerle la grasa y untarse con ella los botines.

Las masacres búlgaras

No empecemos otra vez insultando a los chacales, hienas y la completa "menagerie" de la naturaleza, comparándolas con los gobiernos. Al de Bulgaria ciertamente se le agraciará con el premio Nobel de la paz, por los miles y miles de seres que acaba de trucidar. Estas horrorosas matanzas que otrora hubiesen hecho estremecer al mundo, hoy pasan inadvertidas, rodeadas de un silencio sepulcral. Jamás hubo en la humanidad un período de anestesia tan intenso, una atonía tan hermética de los sentidos de justicia, bondad y de los sentimientos humanitarios. Es la calma tenebrosa del antro, que por más piedras que se le arroje no responde. Los motivos y la causa para efectuar esas carnicerías, quedan meridianamente desnudos. Se trataba con ese pretexto de aumentar los efectivos del ejército con finalidades bélicas. Las protestas de Grecia, Yugoeslavia y Rumania demuestran que se alarmaron por esas medidas militares de su vecina.

Cuando ni la semilla de la Sociedad de las Naciones había sido esparcida al viento, cuando el pacifismo innocuo, trashumante y cadavérico no cundía tan cuantiosamente, los que deseaban armarse no procedían cautelosamente, ni con tímidos tapujos, ni tampoco se les ocurría sacrificar innecesariamente millares de vidas. Abiertamente se pertrechaban. Mientras ahora, haciendo lo mismo, alardean de pacifistas y, además, masacran al pueblo a fin de engañar a los bobalicones de la Liga... Es lo que ganó la humanidad con esa horda de juristas y etcétera... Se progresa, se progresa por la costra, por la superficie, en la materia, en fin, por las tapas, entretanto que los cuatro ginetes del Apocalipsis siguen galopando por las páginas de ese libro abierto que es el mundo...

Gente de color

El parlamento de la republiqueta de San Salvador aprobó un proyecto prohibiendo la entrada al país a la gente de color. Nos parece que el autor o los autores que forjaron ese proyecto, y quienes lo sancionaron, son también gentes de color y de color bien prieto. No hay odio más tórrido y africano que el del símil hacia su símil. Se retratan solamente al verse. Se contemplan uno en el otro. De ahí ese terror de verse a uno mismo en una figura viviente, verdadero espejo ambulante. Por otra parte, es una aberración juzgar a una criatura humana por el tinte más o menos subido de su epidermis.

¿Es que las razas que pululan en las repubiquetas y republicazas de este continente son todas *pur-sang* o de sangre azul, entroncadas con las más rancias aristocracias del mundo? El rastacuerismo es inextirpable en estas tierras calientes. ¿Quién le dice a esos legisladores que en esas razas vetadas por ellos no se encuentra el hombre genial, el hombre de ciencia portentoso, el artista ingente que los salve de su barbarie ilustrada...? Hay inmensidad de personitas-mosquitos, o moscardones, que desean con sus decretos corregirle la plana a la naturaleza.

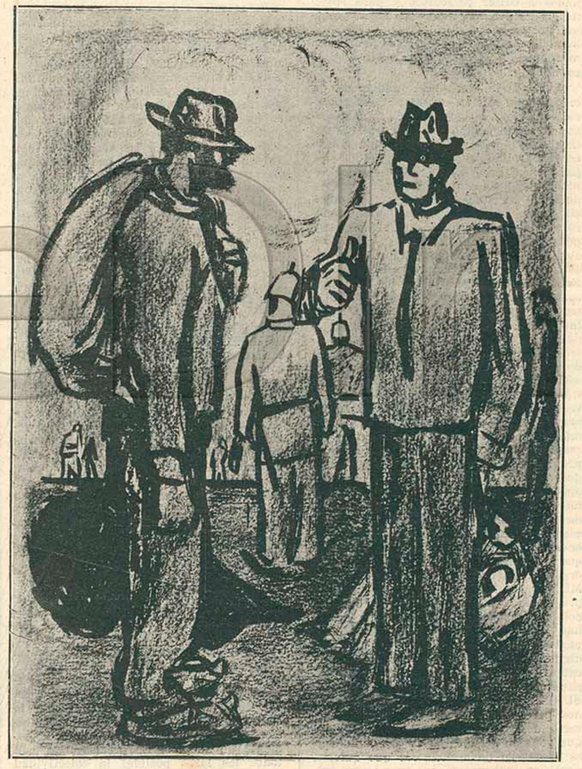
Hauptmann e Hindenburg

Interrogado el autor de "Los tejedores", el dramaturgo alemán sobre quien se depositó muchas esperanzas sin que él las realizara, hizo un paralelo acerca de la senilidad de los diversos papas y del valetudinario mariscal. Y en abono de su tesis citaba que "una vez se le concedió el pontificado a un anciano caduco, quien, para andar, necesitaba ayudarse de las muletas. Durante el ejercicio de su cargo cambió por completo de carácter, arrojando las muletas y transformándose en un joven fuerte, y, al crecerle nuevas alas" y etc.

Finiquita Hauptmann este certificado de buena salud futura del flamante presidente alemán, diciendo: "Estas mismas esperanzas depongo yo en Hindenburg".

Bien. Todo puede suceder y que el rejuvenecimiento del viejo soldadote sea

Catamarca, provincia pobre y plagada de policía



El forastero—¿Para qué tantos milicos aquí, donde el pueblo ya ni fuerzas tiene para robar?
El cartamarqueño—Es para evitar que se escapen los pocos que quedamos y sostenemos el alimento al gobernador.

un hecho factible. Pero nos parece prudente que Gerardo Hauptmann se arrellane en un amplio sillón y espere... Es que en un escritor, el talento sin el carácter es siempre un pretexto más para prostituirse.

Desafiando a Plutón

Desde Victoria (Columbia Británica), el comandante Eustace Maude, con sus 77 años encima, se embarcó solo en una chalupa de 25 pies, proponiéndose llegar con ella a Inglaterra por la vía del canal de Panamá. Nadie afirmará que este anciano es viejo, ya que su espíritu y su intrepidez se conservó tan lozano como cuando tenía veinte o treinta años. Solo, durante una travesía que se prolongará por varios meses. Solo en la inmensidad limitada por mar y cielo. Es una hazaña que por los fines desinteresados que la guían, habla muy alto del valor moral de este varón — valor que no debe confundirse con el coraje físico — el cual embiste y no razona. ¿Y si perece? "Un bel morire tutta una vita onora", ha dicho Giacomo Leopardi.

Empresa parecida realizaron hace muchos años dos ex garibaldinos, quienes con una chalupa de 16 pies, llamada "Il Leone di Caprera" hicieron la travesía desde Génova a la Argentina para venir a recoger una corona de acero que le fuera dedicada a la memoria de Giuseppe Garibaldi. Emulos de su simpático héroe, dieron un ejemplo de hombría no común. Invoquemos para que si llega nuestra vejez, conservemos intacta nuestra entereza de ánimo, como la de estos jóvenes en espíritu y viejos en años, ya que en nuestras mismas filas no escasean los ejemplos, entre los cuales hay el de Errico Malatesta.

CONSIDERACIONES SOBRE LA PROPAGANDA

Somos los primeros en considerar la propaganda como el objetivo de nuestras aspiraciones actuales y el fundamento de la vitalidad del movimiento anarquista; estamos en el punto opuesto de aquellos que ante todo se aferran a la organización y consideran todo lo demás como supérfluo o secundario; pero el unilateralismo lleva en ambos casos, en el de la propaganda y en el de la organización, a extremos ridículos y a peligrosas desviaciones.

Nos parece que nuestros esfuerzos se repartirían equitativamente, dedicando un 75 por ciento a la propaganda, y un 25 por ciento a la organización o en una proporción menos desemejante, si se quiere. Pero la propaganda requiere mayores contribuciones, porque con ella no nos dirigimos solamente a los nuestros, a robustecer las convicciones de los camaradas y a capacitarlos mejor para la lucha, sino a la humanidad entera y sus efectos se hacen sentir en la totalidad de la vida social y de la civilización de una época. Por lo demás, la organización debe ser un resultado lógico de la propaganda; los convencidos necesitan unirse, asociar sus fuerzas y determinar colectivamente la propaganda, sostenerla con los medios al alcance de cada uno y defenderla contra los enemigos. Dejemos al margen a quienes nos predican la desorganización en nombre del anarquismo y considerémosles al otro lado de la barrera, no a nuestro lado.

La desorganización es la impotencia de la propaganda y la impotencia de un movimiento; la historia nos demuestra la unión estrecha y solidaria que hubo siempre entre los partidarios de una idea, de una doctrina religiosa o revolucionaria, sin esa unión y esa solidaridad, que constituyen la base y la razón de ser de una organización, toda causa habría quedado desconocida y en la impotencia para desarrollarse y florecer. Los individuos que se cuentan con los dedos de una mano, en cada país, o que por su número insignificante se conocen personalmente entre sí, esos no necesitan ninguna organización formal; entre ellos sería absurdo el intento de organizarlos; pero cuando los adeptos de una causa se cuentan por millares, por más conciencia y sentimiento de la responsabilidad que existan en los individuos, la organización es un resultado natural de la aspiración íntima de cada uno a sumar su yo al yo social afín, para multiplicar su valor y sus fuerzas personales. Y si técnicamente no se ha descubierto hasta ahora una forma de organización sin ciertas formalidades, como por ejemplo la del registro, la satisfacción de una cuota, etc., psicológicamente no ha sentido nadie, aparte de los individualistas, que esas formalidades mermasen la sacratísima personilla del organizado. Cuando los anarquistas franceses introdujeron en su organización el sistema de los carnets y de las cotizaciones regulares, los discípulos de Stirner lanzaron un grito de horror; y ese grito de horror fué compartido por no pocos supuestos anarquistas partidarios de la organización. Pero es de prever que un par de años más tarde se considerara muy naiural el haber roto con un prejuicio infundado por una crítica absurda a la organización obrera, crítica que podría ser interpretada como una adhesión poco intensa a las ideas sociales del anarquismo.

Es característico que los adversarios de la organización sean los más aficionados a editar periódicos y para sostenerlos no consideran mermada su personalidad al recurrir a la solidaridad de las organizaciones. Ejemplos podríamos mencionarlos a centenares en todos los países.

Creemos que tiene más fundamento la crítica a la afición excesiva a editar periódicos que a la organización de las fuerzas del anarquismo. En la actualidad vemos un progreso en el número de nuestras hojas de propaganda en todos los países; ese progreso merece todos los saludos y todos los aplausos. Pero tras ese aumento del número de nuestras publicaciones no existe un aumento del número de nuestros camaradas; se hace muy poca labor proselitista y en el 80 por ciento de los casos una nueva publicación, lo mismo en la Argentina que en Francia o en otros países, no significa la satisfacción de una necesidad de nuestro movimiento, sino una simple satisfacción de vanidades o venganzas personales. Es agradable ver aumentar nuestros órganos de propagaanda, pero cuando se constata que un nuevo órgano es casi siempre el fruto de una lucha intestina, el resultado de una escisión en nuestro propio ambiente, la alegría se desvanece. Y una prueba de ello, de que la mayoría de las nuevas publicaciones no responden a la idea de difundir nuestra propaganda, sino a mezquinas rivalidades de capillas, es el hecho de que no aparecen en ciudades o regiones donde no existen otras, sino precisamente donde ya existe prensa suficiente. Contra esas vanidades se necesita reaccionar con energía. ¿Dónde están las nuevas ideas que dan base a la fundación de nuevos órganos? Si habláramos de EL SUPLEMENTO de LA PROTESTA, podríamos preguntar a sus adversarios si cuentan con fuerzas para hacer algo mejor, si han hecho alguna vez algo mejor, si las páginas de éste semanario se cerraron alguna vez a una buena idea, a un buen estudio. Las necesidades de la propaganda no imponen zancadillas contra el SUPLEMENTO, ni pueden inspirar planes para disminuir su influencia o hacerlo desaparecer; es el pedantismo el que pone en acción esas bajas maniobras, es el exceso de académicos que quieren pontificar soberanamente en nuestro ambiente. Decimos *Soberanamente*, porque los pedantes quieren tener una tribuna *propia*, no teniendo valor para escribir en un órgano donde podrían chocar con opiniones opuestas o con la crítica serena y sólida.

Necesitan ser dueños de un periódico y luego, cuando entre el cansancio en el grupo de amigos que se sacrificaron para darle vida, decir que ha muerto por la intolerancia de tal o cual órgano adverso. Nos revienta ese pedantismo que observamos en casi todos los países y cuyos daños para la propaganda de nuestras ideas son bien evidentes. Mientras no sepamos contrarrestar la acción de esos individuos, heridos tal vez en sus vanidades, incapaces la mayor parte de las veces de emitir un pensamiento original, pero muy sueltos para criticar la labor ajena, los esfuerzos tendientes a una mayor difusión del anarquismo se estrellarán en la petulancia de los que no se conforman con ser simples soldados de la causa.

Por lo demás, no es un expediente definitivo el de una línea de separación entre el pedantismo y el movimiento anarquista responsable; es preciso despestar en todos nuestros camaradas el sentido crítico y fomentar su pensamiento individual; es preciso que exista más severo control colectivo, y que la crítica sea ejercida por todos; nos repugna tanto el que se deja influenciar ciegamente por nosotros como el que se deja influenciar de la misma forma por nuestros adversarios; es preciso que los que estén con nosotros razonen la causa de esa actitud, para no dar el ejemplo de inconsecuencia y de volubilidad que nos han dado tantos pobres sujetos en estos últimos tiempos; es preciso que la furción de pensar no sea delegada en nadie; el hombre que piensa por intermedio de un caudillo, de una personalidad influyente, no puede ser anarquista. No es un timbre de gloria para un movimiento revolucionario el hecho de su escisión en torno a jefecillos y pontífices; la única escisión lógica, la originada por la diferencia de ideas, no es siempre la causa de las disidencias en nuestro campo, por mejor decir, no es casi nunca causa de disidencias, pues existe entre nosotros bastante tolerancia como para compartir nuestra amistad y nuestra solidaridad con todos los camaradas, aunque no sostengan todos nuestros puntos de vista ni admitan todas nuestras ideas. Lo que escinde nuestro ambiente es la herencia autoritaria que importaron más o menos de contrabando una parte de los supuestos anarquistas; es esa herencia manifestada en mil formas, lo que nos divide; se habla mucho del cultivo del yo, y los que más hablan son los que más olvidan las bases de la moral libertaria. Nos parece, con Reclus, que la base de todas nuestras ideas es la bondad; sin ser buenos no se puede concebir una sociedad fraternal de libres e iguales. Pero esa bondad exige sinceridad para consigo mismo y para con los demás, y esa sinceridad será destruida mientras conservemos en nuestro espíritu el peso de la influencia hereditaria del autoritarismo y el afán de hacer primar nuestra personalidad.

Y volvamos a notar otro hecho característico: los que ofician de piedra de escándalo, los que quieren hacer predominar su personilla, son los que cifran todos sus esfuerzos en la edición de periódicos; si dejáramos rienda suelta a esa gente, nos convertiríamos en un movimiento de editores y de lectores de periódicos. No importa que no tengamos necesidad en tal o cual localidad de nuevos órganos; el capillismo no descansa hasta tener una publicación propia, pues su cooperación a las publicaciones existentes sería denigrante para la dignidad de los pontífices. Y tenemos así un peligro bien serio: el de reducirnos a la categoría de editores y lectores de periódicos y el de concretar toda nuestra misión revolucionaria a eso.

La propaganda fundamental, sin embargo, no se hace por medio del periódico, del libro o del discurso; la propaganda fundamental es la que hacemos con el ejemplo de nuestra vida a nuestro alrededor, en el medio en que actuamos. Pero al salir del círculo de nuestra acción personal, la propaganda debe ir ligada a la organización para asegurar la existencia del movimiento, pues de lo contrario con la muerte de cada publicación de propaganda desaparecería un ambiente de adeptos. Es preciso ligar con todos los lazos posibles la colectividad que escindimos del viejo mundo capitalista y autoritario; la afinidad de ideas es un lazo poderoso, principal, pero la vida se afirma en más modalidades; esa afinidad de ideas determina una cierta unidad de intereses en el terreno económico y por consiguiente nace el sindicato; en los países en donde la organización de los anarquistas se basa en la mera afinidad de ideas y los lazos de la asociación no van más lejos, nuestros camaradas deben ir a remolque de los adversarios en el terreno de la vida económica y de las luchas contra el capitalismo y el Estado con el arma de su poder como productores. Nosotros concebimos el movimiento anarquista como un medio social fraternal y solidario *en todos los dominios;* la idea anarquista no es para nosotros una simple idea, es una forma de vida que queremos extender a todas las esferas en donde nuestra vida se manifiesta por su actividad. No concebimos la idea anarquista sólo para propagarla en un periódico, sino para vivirla, y nuestros esfuerzos se dirigen a hacer posible su realización completa. Pero ya hoy podemos ajustar nuestra existencia a sus postulados fundamentales, y ya hoy podemos formar un medio social para la propaganda y la lucha en pro de esa idea. Para muchos pedantes, el ideal no es él anarquismo, es una publicación anarquista en sus manos, de ahí que cuando, por una causa u otra, se ven ante el peligro de quedar sin tal publicación, clamen al cielo y a la tierra, como quienes ven frustrado el objetivo de su vida. Esa pobre concepción del anarquismo ha interpuesto no pocos obstáculos a la propaganda y a la realización de nuestras ideas. No todas las nuevas publicaciones tienen por fin evitar, mediante una propaganda adecuada, que se formen rebaños y que se erijan pastores; por lo general se dirigen a una labor opuesta a mantener la estructura del rebaño y a hacer intangible la personalidad de un pastor. Por eso no nos dejamos ilusionar por el resurgimiento de una numerosa cohorte de órganos de propaganda en estos últimos años; tras la aparición de la mayoría de esos órganos vemos una negación de los principios fundamentales del anarquismo.

D. Abad de Santillán

Conceptos

Hay quienes afirman de una manera tan categórica, tan absoluta, que lo que sucede, o más propiamente, que todo lo que nos sucede a los hombres y a los pueblos, es lógico, es necesario, es fatal, que las cosas suceden porque no está en nosotros el poder evitarlas, etc. Así nos dicen que la mejor prueba de que las cosas o los hechos se producen a pesar de la voluntad humana, es o radica en las cosas o en los hechos mismos. De esta manera se nos quiere demostrar que los hombres viven supeditados, subordinados a un poder superior a nuestra propia voluntad, algo así como un poder supremo que rige y determina las cosas y los hechos, de los cuales dependemos y servimos como agentes o instrumentos de ese poder extraño a nosotros mismos. En ese principio teológico se inspiran los hombres que sostienen o alimentan la creencia de la irresponsabilidad humana en los hechos que perjudican o favorecen la vida social de los pueblos. Con ese criterio eminentemente fatalista, teologal, marxista, teosofista, clerical y autoritario, se hace del hombre un agente, un instrumento, una cosa sin voluntad propia, esto es, un cadáver, un palo en manos de un ciego, un correveidile, un alcahuete de ese poder superior, supremo, divino, fatal, de esa causa sin causa, que rige y gobierna a los hombres y a las cosas. Así es como, para los creyentes en un ser o poder divino, todo lo que nos sucede a los hombres dimana de dios, que es, según ellos, el creador de las cosas y de los hechos; para un teosofista (y disculpen ciertos "anarcoteósofos") el hombre y las cosas que le suceden, le suceden en virtud de una "voluntad" suprema que rige los destinos de las cosas, y el hombre, según ellos, no es más que una cosa que se mueve, y es lo que esa voluntad, ese espíritu supremo le permite ser; he ahí siempre ai hombre subordinado al poder de un principio teologal extraño y superior al hombre mismo; para el marxista (hijo del principio teológico) el hombre no es más que el instrumento de las cosas, esto es, que no es el hombre el que valoriza y acomoda las cosas a sus ideas, sentimientos, aptitudes y necesidades, sino que, según ellos, los marxistas, son las que valorizan al hombre y lo acomodan o le imponen fatalmente una manera o conciencia de ser.

Con semejantes conceptos, con tales creencias, no es extraño observar como los hombres se conforman y se resignan a sufrir las más cruentas tiranías, la explotación más descarada, la miseria más degradante y los crímenes sin nombre que afligen y transtornan la vida social de los pueblos. Porque todas estas calamidades e injusticias sociales, no provienen más que de ese criterio, de esas creencias que hacen del hombre un ser irresponsable al servicio de un poder o de una voluntad superior al hombre mismo. He ahí a dios, al destino y al Estado. He ahí los fantasmas que hacen del hombre un ser criminal, estúpido, esclavo y miserable. No, las cosas, los hechos buenos o malos que nos suceden a los hombres y que nos benefician o nos perjudican, que nos embrutecen o nos elevan, esos hechos o cosas que nos suceden, son las consecuencias de nuestras ideas, de nuestros conocimientos, de nuestros sentimientos y aptitudes para la vida; no hay destino, ni voluntad suprema, ni fatalidad, ni dios ni nada que no dependa, que no esté subordinado a las ideas, a los conocimientos y demás aptitudes y facultades del hombre mismo.

Fuera del hombre no existe nada, ni la realidad, ni los hechos, ni las cosas, ni las ideas mismas existen sin el hombre. No son las cosas las que rigen la vida del hombre, es el hombre quien utiliza las cosas de acuerdo a sus conocimientos y aptitudes que determinan sus necesidades. Llevemos al corazón y al cerebro del hombre la noción de su propio valer y de su responsabilidad, y veremos cómo las cosas y las instituciones, esto es, los hechos, siguen el curso que la voluntad humana les demarque.

H.

Anselmo Lorenzo y nosotros

Se intenta discutir en España por los dirigentes de la C. N. T. la cuestión del frente único, ese famoso truco demagógico que tanto apasionó los ánimos en la Argentina unos años atrás y que, felizmente, ha sido ya liquidado entre nosotros. Con el frente único se relacionan una serie importantísima de problemas teóricos y prácticos que deberán resolver todos los que vayan al fondo de la cuestión sin prejuicios ni dogmas, como hemos ido nosotros.

Hasta aquí los camaradas españoles no parecen haber comprendido la significación del "frente único"; en "Solidaridad Proletaria" de Barcelona, ese periódico que especializa su propaganda y dispone sus columnas de par en par a los agentes policiales y a los provocadores con tal que hablen contra nuestra labor, se han escrito diversos artículos y ni los que defienden el frente único ni los que lo atacan dan pruebas de disponer de un gran arsenal de argumentos; al contrario, tienen tendencias ambas fracciones a irse por las ramas y a gastar pólvora en salvas.

Queremos facilitarles la tarea echando mano a la experiencia de Anselmo Lorenzo, un hombre que a sus muchas cualidades añadió la de ser sincero consigo mismo y la de expresar íntegro su pensamiento y su manera de ver las cosas. Al remitirnos a Anselmo Lorenzo queremos demostrar que no hemos sido nosotros los primeros heréticos del dogma de la unidad de clase y que la posición nuestra en la Argentina es la misma que adoptaron en todos los países los anarquistas que comprendieron el valor del movimiento obrero y que se fundieron con él sin abandonar sus convicciones libertarias. Y damos un especial valor a las palabras de Anselmo Lorenzo porque él vió nacer la Internacional en España y defendió desde 1870 la finalidad anarquista en las organizaciones obreras; luego, cuando la palabra sindicalismo comenzó a extenderse por el mundo después de 1895, Lorenzo la aceptó también uniéndola a la anarquía, es decir rechazando la doctrina del sindicalismo clásico. Para él, sindicalismo era lo contrario de individualismo. He ahí sus palabras: "Soy sindicalista porque considero que no hay acción puramente individual eficaz ni aun posible, toda vez que en el exclusivo interior del cráneo no brota por sí mismo un pensamiento ni se origina un deseo sino a causa de excitaciones exteriores. Sin el conocimiento y la ciencia, resumen de actos internos determinados por el juicio y la adaptación al contacto con lo externo, o sea sin que los individuos obren sobre el individuo, nadie, por más individualista que pretenda ser, sabría nada, ni podría decidirse a hacer la cosa más insignificante en sentido egoísta ni altruista, ni aun viviría; en otros términos: en lo que aprendí, siendo mis maestros el mundo, la historia y mis contemporáneos, está la causa de mis conocimientos y el motor de mi voluntad" (*Hacia la emancipación*, Mahón, 1914, págs. 7 y 8). El sindicalismo de Lorenzo, pues, equivale a la doctrina de la asociación de las fuerzas, de los conocimientos, de las voluntades. Y por su concepto de la organización es por lo que juzgamos que el mismo crimen cometido por nosotros al defender el movimiento obrero finalista, lo había cometido el tenaz forjador del movimiento revolucionario del proletariado español, ese mismo a quien los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo llaman maestro.

No hemos podido comprender nunca la existencia de una organización obrera en que cupieran todas las tendencias sociales y políticas; hemos visto en el sindicalismo clásico, que no considera en el obrero más que una máquina de producir, un verdadero peligro para la idea anarquista y nos hemos resistido a dejarnos llevar por la corriente que prestigiaba la "unificación de los trabajadores" por encima de sus ideas políticas y sociales diversas. Somos partidarios y luchamos por unir al mayor número de trabajadores posible, pero es bajo nuestra bandera revolucionaria; de otra forma no queremos la unificación, porque sostenemos que no entraremos en la tierra prometida de la igualdad y de la libertad sino por la vía de la destrucción del principio autoritario. El sindicalismo clásico no ve más enemigo que el capitalista y quiere cerrarnos los ojos para la crítica al estatismo, que, según nuestra opinión, es la raíz primordial y fundamental de todos los males sociales. Nosotros queremos una organización revolucionaria que luche contra el capitalismo y el Estado y que reivindique la libertad humana en todos los dominios de la vida, es decir, queremos una organización que armonice con nuestras finalidades libertarias. Es lo mismo que quiso Lorenzo, desde el primer día de su adhesión a las ideas llevadas a Madrid por Fanelli, hasta su muerte. Hablando de la primera Internacional, después de treinta años de experiencia en las luchas obreras, escribe en el prólogo del primer tomo de *El proletariado militante* (Barcelona, págs. 12 y 13): "en buena hora que se entrase a formar parte de aquella asociación sin distinción de color ni nacionalidad, pero ¿sin distinción de creencia? Pues si las creencias determinan las aspiraciones y éstas los actos, ¿cómo podía presumirse que con creencias distintas y aún opuestas se llegaría a conseguir la unidad de acción necesaria para transformar radicalmente el mundo?" En esas breves palabras tenemos la más elocuente refutación de la *charte d'Amiens* de los sindicalistas franceses y de las tendencias que se abren camino entre los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, según puede constatarse en "Solidaridad Proletaria" de Barcelona. La opinión de Lorenzo es nuestra opinión: borremos las fronteras, borremos las diferencias de razas, acojamos como hermanos a los que hayan nacido en otras latitudes del planeta y a los que tengan el rostro de un color diverso al nuestro; con todos ellos podemos formar una organización, ningún obstáculo se opone; pero una organización con los que piensan de otro modo que nosotros, con los que piensan de una manera diametralmente opuesta, eso no lo podemos concebir, aunque todos seamos de un mismo color, de una misma región, hijos de una misma madre. Con la mejor buena fe hemos procurado comprender el punto de vista de los sindicalistas puros y hemos concluído diciéndonos que su doctrina es un recurso demagógico que no puede llevar más que a un amenguamiento de la vida revolucionaria.

Lorenzo llega a calificar la vieja Internacional, que quería unificar en sus comienzos a todos los trabajadores, sin distinción de patria, de color y de creencia, de "recurso oportunista" que fué "suficientemente feliz para causar una explosión de entusiasmo producido por la esperanza de mejoramiento fundada en la realidad de la miseria a la vez que en la indiferencia o relajación de las creencias". Y naturalmente, "aquella unión no fortalecida por la comunión universal en una fé, se debilitó por sí misma ante el choque de los errores tradicionales, y, por consiguiente, también ante el temor de las persecuciones" (*El proletariado militante*, tomo I, pág. 13).

Más aún: en una polémica con Fernando Garrido, el autor de libros muy interesantes sobre el movimiento obrero en España, *La Solidaridad* de Madrid, órgano de los internacionalistas españoles de la primera hora, replica así: "Por lo que hace al temor que manifestáis de que surja entre nosotros una división que neutralice nuestros esfuerzos, estad tranquilo. Vos sabéis perfectamente que donde no hay unidad de ideas, toda unión es puramente ficticia; por eso, entre los que piensan como vos y los que como nosotros piensan, no puede haber unión verdadera: lo que vos llamáis desunión sería en este caso una purificación, y ésta, no sólo no la tememos, sino que la deseamos." (*El proletariado militante*, tomo I, pág. 136). La réplica es probablemente de Lorenzo mismo o de Morago.

Compárese esa actitud con la que asume Pestaña actualmente, prestigiando la unificación con los elementos más reaccionarios para derribar la dictadura de Primo de Rivera, como si aquellos con quienes él quiere fraternizar fuesen mejores que el actual tirano de España. Que recuerde el año 1917 y verá que un gobierno civil puede igualmente defender a sangre y fuego los intereses de la monarquía y del capitalismo; que recuerde los años de la reacción de 1920-23 y no tendrá que medir con dos cartabones distintos la dictadura militar, por una parte, y por otra la dictadura civil de los diversos gobiernos liberales y conservadores. Sobre esta cuestión habría mucho que decir aun y sobre las maquinaciones de Angel Pestaña en estos tiempos también. Llegará la ocasión para todo. Nosotros no podemos intervenir en el movimiento obrero español más que previniendo a los camaradas del otro lado del océano: ¡Cuidado con esas maniobras torpes! ¡Si no tenéis fuerzas para obrar por vuestra cuenta, permaneced neutrales, pero no sirvais jamás de carne de cañón a los ambiciosos que quieren utilizaros para escalar el poder!

Volvamos a Lorenzo. Si aun quedase alguna duda de su adhesión incondicional al movimiento obrero finalista, basado en la comunión de ideas afines, podríamos aportar nuevas pruebas, pero lo transcripto es bastante claro y expresivo y no deja lugar a dudas.

En 1910 hubo algunas voces que se levantaron en pro de la fusión de la Unión General de Trabajadores (tendencia Pablo Iglesias) con la Confederación Regional Obrera (la actual C. N. T.); entre los adversarios decididos de esa fusión que sería a costa de las ideas sustentadas por unos y por otros, estuvieron Anselmo Lorenzo y José Prat. Prat ha escrito en diversas ocasiones sobre el tópico, y podemos afirmar que es uno de los que más hondamente lo comprendieron en España. Anselmo Lorenzo transcribe en el tomo segundo de *El proletariado militante* un artículo de Prat que resume también su punto de vista; el artículo trata la cuestión de la fusión de la U. G. T. y la C. R. O. con el criterio peculiar a Prat y que es también el nuestro (13 años más tarde, en el folletito titulado *Herejías*, publicado con el pseudónimo de *Foward*, Prat reafirma su opinión al respecto).

Nos congratula encontrar herejes como nosotros por todas partes y en todos los períodos. Y realmente, ¿es que cabe la defensa de un punto de vista diverso? El problema nos parece bien claro y terminante y la solución que nosotros le hemos dado, sin tener en cuenta más que el movimiento de la Argentina y los dictados del sentido común, es la solución universalmente aceptada donde se obra sinceramente y se dejan al margen las dobles intenciones y las posiciones falsas.

I. K.

Individuo y colectividad

Una extraña preocupación ha dominado al género humano desde los comienzos de su constitución en sociedad hasta el presente. Todos los pueblos han soñado con una gloria nacional, ninguno ha creído en la posibilidad de alcanzar la dicha del individuo.

Las religiones han perpetuado ese error fundando precisamente en él la base de su existencia: todas han prometido al individuo una satisfacción ultramundana de las fatigas y privaciones que en la vida les ha impuesto la colectividad; todas han glosado en mayor o menor escala aquella frase mística: el mundo es un valle de lágrimas.

Hoy que los pueblos tienden a perder sus carácteres peculiares para seguir la corriente uniformadora de la civilización, las diferentes escuelas fundadas por el pensamiento incurren en el mismo error, y se tiende a dar a la sociedad un brillo y una grandiosidad colectiva en que el individuo vivirá sumergido en el gran todo sin garantías que pongan a salvo su perfecta y absoluta autonomía.

Pretende el absolutista volver a aquellos gloriosos tiempos de Carlos y Felipe II en que por el predominio de nuestras armas no se ponía el sol en los dominios españoles; esfuérzanse los partidos liberales por dar a las naciones dominadas por la burguesía capitalista el esplendor que alcanzaron durante el apogeo monárquico; sueñan las democracias con la fundación de repúblicas poderosas en que por la belleza de sus monumentos, la grandiosidad de sus obras públicas y la exuberancia de su producción brille refulgente la majestad del pueblo; hasta las escuelas socialistas rinden contributo a la preocupación de la gloria colectiva, teniendo en poco al individuo con tal de presentar su sociedad ideal engalanada con los resplandores de la grandeza, desconociendo todos que el brillo colectivo que oculta la miseria moral y material del individuo es un despreciable oropel.

Imagine el lector una pila de monedas cuyo total sea 100, por ejemplo; si la mayor parte son falsas el valor de aquellas cien unidades es ficticio y por nadie será aceptado. Del mismo modo si una nación ostenta exuberante producción, rico comercio, ejército poderoso, solemnes y aparatosas instituciones políticas para encubrir un proletariado sometido a la explotación, y de sus veinte o veinticinco millones de habitantes resulta una parte mínima que vive en un buen medio mientras la inmensa mayoría hállase reducida a un nivel inferior, el brillo de aquella nación será falso para el pensador que juzgue las naciones por el fondo de justicia que pueda contener su constitución.

En toda clasificación científica el individuo ha de tener los caracteres esenciales de la especie, y, por tanto, el hombre es el tipo de la humanidad.

La consecuencia lógica de este principio es que toda agrupación humana ha de hallarse constituída de manera que entre la unidad y el conjunto exista perfecta y justa relación; de modo que las condiciones esenciales de vida y desarrollo físico y moral del individuo no se hallen menoscabadas en manera alguna por la colectividad, antes por el contrario ésta sea como el resumen completo de aquéllas.

Es imposible separar en lo humano la idea *individuo* de la *colectividad*. El individuo necesita de la colectividad para alcanzar la plenitud de su ser, y la colectividad necesita de los individuos, no sólo para formar número, sino para reunir el conjunto de iniciativas, actividades e inteligencias que en bien de las unidades y del grupo puedan hacerse.

Si por abstracción separásemos estas dos ideas inseparables, y quisiéramos desligar al individuo de todo lazo social, como al par que le quitásemos deberes sociales le quitaríamos los correspondientes derechos, le llevaríamos al estado salvaje, en el cual no haría absolutamente nada por sus semejantes, hallaríase desligado de toda sujeción y dependencia, pero sólo tendría para el cultivo de su inteligencia sus propias y exclusivas observaciones, y para atender a sus múltiples necesidades corporales, el limitadísimo producto de su propio y único trabajo, con lo cual viviría ignorante y miserable por todo extremo.

Si por el contrario quisiéramos construir una sociedad brillante y poderosa que por sí misma atendiese a las minuciosidades de su vida interior y a los grandes prestigios del exterior, y cuya organización fuese tan perfecta que su mecanismo llévase su acción a todas partes, distribuyendo la savia de la vida por todas las jerarquías sociales, llegaríamos a formar una sociedad como alguna de las que en la antigüedad existieron, o daríamos vida a alguna de las utopías comunistas, pero con toda su grandeza esa creación, por no responder al principio fundamental de toda sociedad, por reducir al individuo a la condición de simple átomo que vive por y para la vida de un todo, sería un monstruo tan falto de realidad como los creados por la fantasía de los artistas en las grandes concepciones de ornamentación.

Tiene el hombre grandes aptitudes: puede analizar cuanto le rodea, llegando a sorprender la vida hasta en las más remotas y ocultas cavidades en que radica; puede conocer la ciencia, la sustancia y la constitución de todas las manifestaciones de la vida; tiene conocimiento exacto de la mecánica universal; puede elevar su inteligencia a la concepción de la verdad en lo físico y en lo moral, del mismo modo que por la imaginación concibe la belleza forjando las más brillantes producciones artísticas; pero todo ese poder hállase supeditado a una condición esencialísima: la asociación. Por ella el individuo se circunscribe a producir en la esfera de su propia especialidad; por ella se aprovecha de las observaciones y de los conocimientos de sus semejantes contemporáneos y precedentes a través de los siglos y las distancias; por ella cambia los productos de su actividad con los de todos los miembros sociales y provee a las múltiples necesidades de su existencia. También la piedra sumergida en el abismo de la cantera donde se formara tiene un modo de ser uniforme y abrupto, pero pulida por la mano del trabajador y colocada en combinación con otras por la dirección inteligente del artista, forma el admirable monumento que desafía las injurias del tiempo y causa la admiración de las generaciones.

Nada es el hombre sin la sociedad, por cuanto la mayor parte de su vida necesita de la sociabilidad para manifestarse.

Mala es la sociedad si en todas y en cada una de sus unidades componentes no se conserva el tipo natural completado por todas las adquisiciones del progreso.

Para valernos de un símil, diremos: así como para el creyente, en la hostia que el sacerdote ofrece en la ceremonia de la misa hállase su dios, y en cada uno de los fragmentos en que hasta el infinito puede dividirse existe completa y perfecta la divina personalidad, en la sociedad ácrata que el progreso nos promete con promesa cierta e ineludible, vivirá el hombre y la mujer con perfecta y holgada individualidad, libres por su propia conciencia, ilustrados por la sabiduría de los siglos adaptada a su propio criterio, felices por la combinación armónica de las condiciones individuales y de las instituciones sociales, y cada uno, de por sí, llevará en su propio ser el trabajo y el estudio aglomerado por los siglos, el fruto de las perfectas combinaciones sociales y la belleza física que dá la salud cuando por el conocimiento de la higiene se cumplen las leyes naturales.

Si hoy cada uno de los humanos no valemos un hombre, porque nuestra parte física hállase atrofiada por falta de natural desarrollo, y nuestra parte moral se limita por el fanatismo, la superstición y las preocupaciones; si hasta hoy las sociedades humanas formadas por tan deficientes componentes, han representado colectividades falsas, por cuanto en vez de las voluntades, los pensamientos y la fuerza de todos sus miembros sólo ha dominado una minoría de voluntades y de pensamientos, por la acracia llegarán a alcanzar su justo y racional valor del *individuo y la colectividad*.

ANSELMO LORENZO — 1887

Las artes plásticas en el extranjero

ANTONIO BOURDELLE

De recia ascendencia campesina y montañosa, Antoine Bourdelle posee, en grado sumo, dos cualidades fundamentales, pertenecientes a su íntima naturaleza: participa, en equilibrio milagroso, del ardor del meridional y de la voluntad áspera del montañés.

Se inició en el ejercicio del arte en temprana edad, ingresando en el estudio de Falguiére. Un recuerdo de esa lejana fecha lo constituye un gran trozo de desnudo, representando a "Adan después del pecado", el cual fué expuesto en el Salón de 1885, mereciendo una mención honorífica. Este suceso de estima le alentó para abandonar la enseñanza académica y los "cursum honorum", los que hubiesen podido conducirlo al éxito fácil y a una posición holgada.

Formó parte de la "Societé Nationale" desde los principios de su fundación, exponiendo en los salones del año 1891 y también del 1892, para exhibir, en el primero, una serie de bustos, y en el segundo tres estudios de jovencitas de una frescura primaveral, reunidos en un bajorrelieve, titulado "Las tres hermanas". El año siguiente vuelve a exponer una especie de maternidad, amamantando, que fué reproducido repetidas veces en bronce, cerrando con este envío el ciclo escolar o de aprendizaje por decirlo así.

A. BOURDELLE — Rodin trabajando a la "Puerta del Infierno".

Por aquel entonces el arte nervioso y penetrante de Carpeaux le obsede, que a través de su temperamento lo matizaría impregnándolo de una ternura triste e inquieta. Pero poco después, otra influencia mucho más poderosa e intensa había de dominarle. Era la de Rodin, al lado de quien trabajara durante un largo período y con quien también expondrá.

De esa época son esos rostros y máscaras rientes, de un cierto parecido con las "Rieuses" de Carpeaux, o bien de una melancolía apasionada que hace pensar en determinadas imágenes del autor del Balzac. Y se apodan: "Aurora triste", "Rostro de amor", "Pensamiento activo", cuya mezcla curiosa de la literatura romántica, simbolista y mística, demuestra a las claras el influjo que hubo de sufrir el joven montañés, intoxicado por los gustos literarios predominantes en los fines del siglo último. Sea lo que fuera de esa momentánea desorientación, lo cierto es que la inspiración se sobrepone a esos ejercicios; es la curiosidad incansable e inagotada, siempre despierta; es la renovación incesante de la técnica, adoptando diversos materiales: mármol, bronce, greda, madera, mientras la maestría del que posee a fondo su oficio salta a la vista en la realización impecable de ciertos trozos.

Y ese oficio no se confina solamente a la escultura. Enfermo y un poco claudicante la salud, tuvo que abandonar temporalmente el modelado, el martillo y el cincel para dedicarse exclusivamente al dibujo y la pintura. Fué un tiempo de fiebre, de pasión vehemente. De esa novel actividad surgen las pinturas de tonos cálidos, de empastes generosos, que hacen recordar al mismo tiempo a Velázquez y Rubens, y sinnúmero de pasteles por los cuales asoman graciosos rostros de mujeres y la frágil belleza de los niños.

Es también durante ese período, desde 1888 a 1902, que el artista, a la par de los estudios femeninos, se entrega de lleno a un solo tema, mas de una amplitud infinita y de una maravillosa grandeza: la interpretación de la máscara de Beethoven. Principiando de un estudio casi familiar del gigante de la música, "Baco exprimiendo del racimo el néctar delicioso para los hombres", símbolo de embriaguez espiritual, concibe unas diez o doce interpretaciones en dibujo, grabadas, en pintura o modelado, en que el rostro sublime aparece tan pronto desencajado y abstraído por una especie de meditación dolorosa, o contraído por el esfuerzo creador, como también se presenta más claro y tranquilo, yaciente en una soberana serenidad...

Burdelle, jamás satisfecho, persigue incesantemente hasta ahora el sueño de una realización plástica del viejo motivo, aunque ya en una tendencia nueva, y meditando emprender nuevamente el estudio de la máscara de Beethoven en toda su plenitud y grandiosidad.

Una ocasión se le ofrece para ejercerse y ensayar la decoración monumental, tendencia muy propicia a su temperamento. Desgraciadamente la materia en la que debió plasmar su visión fué sumamente frágil. Eran máscaras y altos relieves para el teatro Grevin, y Bourdelle se esforzó por encerrar su verba ardiente en ciertas estilizaciones, para darle luego libre curso en las figuras movidas y desbordantes, semejantes a las de Carpeaux o de Rodin. Mientras tanto, otro trabajo un poco más árduo empieza a preocuparle, y durante cinco años, desde 1897 a 1902, varios fragmentos de esa labor encarnizada son enviados sucesivamente a los salones. Constituyen los modelos que integrarán el monumento titulado Defensa o Guerra". El conjunto reunido en un grupo tumultuoso, se expuso en el Salón de 1902, siendo después inaugurado en Montaubán, su lugar de destino y suelo natal del artista, como un homenaje a los caídos de la guerra del 70. Este grupo monumental, a pesar de todo traspone con cierta felicidad lo banal y rutinario de los usuales monumentos conmemorativos, por el soplo épico de que está poseído y se desprende de la ondulación y movimiento de las figuras, parecidas a las compuestas por Rude en su famoso "Depart". Agregaremos todavía, que esa composición es un poco caótica, faltándole ese equilibrio para alcanzar el juego armonioso de todas sus partes. Lo descosido rodinesco, el aflujo caprichoso de cierta verba de los detalles hace desmerecer algunos de sus más importantes trozos. El autor no tuvo muy en cuenta el carácter monumental imprescindible a toda escultura, tendiendo a la decoración, que poco después resolvería ponerlo en práctica. Existían, sin embargo, ciertas aparentes rudezas de acento, cierta elemental y sumaria modelación, que, asombrando entonces, eran, no obstante, los signos precursores de ese arte personal del verdadero Bourdelle, troquelador de las obras de su madurez.

En algunas figuras excesivamente estilizadas, como la del "Genio" dominando el grupo, y en el arreglo de las composiciones que corren por la base, revélase ya la invención personal apoyándose en la firme voluntad de querer componer monumentalmente. La veneración y la amistad hacia Rodin todavía lo atan. El creador del "Beso", habiendo proclamado y repetido durante toda su vida su adorado acatamiento a las lecciones, transferidas hasta nosotros por los griegos y góticos, nunca éstos tuvieron mayores influencias en su arte profundamente humano, tan prendado de los modelados sutiles y de los planos multiplicados. Sus obras no participan ni de la serenidad de unos, ni del carácter recio de otros. Bourdelle, en cambio, siguiendo más cerca a esos modelos arcáicos, marchó por un camino opuesto y diferente a fin de encontrar nuevos resultados.

En su "Helade Inmortal", expuesta en 1892, y en "Palas Atenea", exhibida en 1898, es donde se percibe — quizás más en la segunda que en la primera — el anhelo de un estilo severo y de una armonía más simple. Extraña Palas ésta, la del torso desnudo, modelado elementalmente, irguiéndose como el fuste de una columna antigua, rematada por una cabeza pequeña, voluntariosa y enérgica. Pero no seamos demasiado exigentes con la exactitud en la transcripción de los símbolos. Dejemos a los artistas crear a su antojo, ya que esto vale mucho más que la extricta y literal fidelidad arqueológica.

El "Heracles" de Bourdelle, así como su "Penélope", son en el mismo sentido creaciones verdaderamente personales. Ellas, hallándose imbuídas del espíritu antiguo, están exentas de todo recuerdo directo, con el cual se elabora el "pastiche" corriente. Uno es la representación de la potencia del hombre-dios; la otra es la serenidad reflexiva y contemplativa de la mujer, expresada por gestos y actitudes típicas, mediante una simplicidad de efectos absolutos, una sinceridad robusta al estudiar el natural, alejándose cada vez más de la técnica empleada anteriormente y de una ductilidad sospechosa, para alcanzar con esos elementos las simplificaciones monumentales.

La misma comprobación se podría hacer del magnífico "Centauro agonizante". La ruda poesía agreste de los añejos mitos de la selva mitológica se manifiesta con acento patético, revelándose, además, la ciencia del obrero plástico, quien sin repeticiones enojosas de recursos triviales, sin declamaciones, nos presenta en ese cuerpo dolorido y en ese tronco de bestia claudicante, el monstruo prodigioso herido de muerte, aun cantando su himno a las potencias creadoras de las cuales es él suma, cifra y símbolo.

En otras obras menores, como el "Joven Fauno" y la "Diana" de desnudez elegante y orgullosa, así como la "Bacante" rolliza y alegre, es toda la antigüedad pagana que resucita joven, viviente y libre. En ellas existen trozos esculturales tan hermosamente realizados que no hallamos palabras para explicar toda la suma de reflexiones y de ideación que le costaron a su autor.

Hicimos notar ya la virtuosidad pictórica ocasional de Bourdelle, buscando "cocinar" el trozo despaciosamente. De este ejercicio conservó el gusto y la facultad de expresar sus concepciones por un dibujo sumario y pleno, — un dibujo de escultor — que realza con toques justos y vibrantes de *lavis* coloreado, — dibujo que le conduce directamente al afresco un poco apresurado y desigual, mas nadie le podría negar la espléndida libertad de factura, la riqueza de imaginación y los hallazgos de arabescos inesperados y originales. Se experimenta una gran alegría al hojear estos cartones, los que se llenan con las series de ensayos y repeticiones de un mismo tema indefinidamente variado, enriquecido y aligerado por múltiples matices de su fértil imaginación plástica. Se hallan ahí las "suite" de su "Leda", las del "Centauro", o las que consagró a "Homero", de cuyos dibujos y bocetos surgirá triunfante la realización, paralela a las fantasías de sus pinceles y lápices.

La "Palas" de 1905, el "Heracles" de 1910, la "Penélope" de 1912 y el "Centauro" de 1914, completan la serie de las obras de motivos antiguos. Entre estas obras existe una estatua de mujer joven, titulada "El Fruto", la que se asemeja a las Afroditas praxitélicas. También por este período surge, en 1908, la tentativa casi aislada de consagrar en mármol o en bronce la figura burguesa y acompasada de Ingres. Para ello modela Bourdelle un busto de expresión altiva y dominadora. Los grandes trabajos de los Campos Elíseos llenan los años 1912 y 1913. Después sobreviene la guerra y el silencio, aprovechado para dedicarse a la realización de varios monumentos.

Es demasiado prematuro abrir aquí un nuevo capítulo de la carrera de este gran artista. Su genio, incontestable y en plena madurez, su actividad incansable y su sed de búsquedas inagotable hace prever que no quedará ni se detendrá en las fórmulas instauradas por su libre voluntad. Al lado del ciclo griego, apunta ya la faz cristiano-gótica. Delatan este reflorecimiento varios estudios de Juana de Arco. No le seguiremos por ese camino, ya que las obras producidas son bocetos, acuarelas, lavis y una "Virgen y el niño", indicios vagos para juzgar con qué actitud espiritual y plástica encarará la iconografía religiosa. Por la única obra realizada y a punto de colocarse en el Valle de los Vosgos, se deduce que el procedimiento de las grandes síntesis decorativas y monumentales prevalecerá entre todos. Esta virgen, una buena mujer del pueblo, envuelta por los velos de pliegues góticos, levantando sobre su cabeza el infante con sus brazos abiertos en cruz, nos indica que Bourdelle trata de competir con los talladores de piedra del medioevo. ¿Arcaísmo otra vez? El arte arcaizante es un arte facticio y muerto, diversión para los diletantes. Mientras que este escultor todo lo que crea es joven, viviente y fuerte. La serie de bustos de hombres y mujeres demuestra elocuentemente sus cualidades sabias y poderosas para interpretar la naturaleza humana. Las efigies de Onésimo Reclus, de M. Simu, de Dr. Koeberlé, de M. Lechaletier y de Anatole France, presentadas en el Salón de 1902, son las pruebas renovadas que no es el arcaísmo, tomado de los góticos o de los griegos, lo que realza y valora sus trabajos, sino la esencia de todos esos elementos, dosificados por un temperamento pletórico y rebosante de vida espiritual, y la mano maestra de un obrero que supo profundizar su naturaleza y la ajena hasta llegar al estilo, según el apotegma de Gauguin. — P. V.

El sentimiento o el temor de un mal y la creencia en que éste puede ser curado por la intervención divina: tal fué el origen de la oración.

GUYAU

A. BOURDELLE — "Centauro agonizante".

EL SILENCIO

Era una larga tarde de mayo, y los ruiseñores cantaban en los jardines.

Solo en su gabinete, el pope Ignate leía cuando entró su esposa agitada. La lamparita que llevaba le temblaba en las manos. Se acercó a su marido, púsole la mano en el hombro y dijo sollozando:

—Padre, ven a ver a Vera.

El pope sin moverse, miró a su mujer fija y largamente por arriba de los anteojos, y no contestó.

La mujer hizo entonces un ademán de abatimiento y se dejó caer en el diván.

—¡Qué implacable sois tú y tu hija! — dijo lentamente, recalcando las últimas sílabas.

Y su bonachona cara redonda se contrajo haciendo una mueca de exasperación y de dolor, cómo si quisiera demostrar qué seres crueles eran su marido y su hija.

El padre Ignati sonrió y se levantó. Cerró el libro, quitóse los anteojos, los puso en el estuche y pareció reflexionar. Gruesa barba negra surcada de hilos de plata, bajaba en hermosas ondulaciones hasta su pecho y se alzaba suavemente con el ritmo de su respiración profunda.

—¡Pues bien, vamos! — dijo.

Olga Stepanovna se levantó de un salto. Pero murmuró con voz temorosa y suplicante:

—No le riñas, padre!... ¡Ya sabes como es!...

El cuarto de Vera estaba en los desvanes. La estrecha escalera cimbraba y gemía bajo el peso del padre Ignati, que agachaba la cabeza para no dar en las vigas del techo. Y el pope subía, a pesar suyo, pues estaba convencido de que la conversación con Vera no daría resultado...

—¡Cómo! ¡es usted! — exclamó Vera poniéndose una mano sobre los ojos, mientras la otra quedaba extendida sobre la blanca colcha de verano, tan pálida y tan diáfana que casi no se la distinguía.

—¡Veratchka! — comenzó la madre.

Pero inmediatamente rompió en sollozos y calló.

—¡Vera! — dijo entonces el padre, esforzándose por dulcificar su voz que era seca y dura. — ¡Vera! dinos lo que tienes...

Vera no contestó.

—¡Vamos, Vera! ¿Tu madre y yo no merecemos acaso tu confianza? ¿No te queremos?... ¿Hay alguien a quien quieras más que a nosotros?... Confíanos tus pesares, hija mía, y — cree a este viejo experimentado — eso te aliviará... y a nosotros también. Mira a tu anciana madre... ¡Ve cómo sufre!...

—¡Veratchka! — suplicó la madre.

—Y yo — agregó el pope con la seca voz alterada — y yo... ¿crees que no sufro también?... Bien veo que te devora no sé qué pena... Una pena que ignoro, yo, tu padre... ¿Está bien eso?

Vera seguía callando.

El padre Ignati se acarició la barba con extremada prudencia, como si temiese hundir demasiado en ella los dedos, y continuó:

—Fuiste a San Petersburgo contra mi voluntad. ¿Te maldije acaso? ¿Te traté como a hija desobediente? ¿No te he dado dinero?... ¿Puedes decir que no soy un padre afectuoso?... Entonces ¿por qué no me contestas?... ¡Eso es lo que has sacado de tu San Petersburgo!...

El padre Ignati cesó de hablar. Su imaginación hacía de aquella ciudad algo enorme, monstruoso, lleno de lazos, de ignorados peligros, de gentes extrañas e indiferentes! ¡Y allí, débil y sola, había ido su hija Vera! ¡Allí se la habían cambiado, allí se la habían perdido!... En el alma del pope rugía una ira rencorosa contra esa ciudad misteriosa y espantable, y una cólera contenida contra su hija que callaba obstinadamente!

—San Petersburgo no tiene nada que ver — dijo por fin Vera, con voz sombría y cerrando los ojos. — Y yo no tengo nada... Es tarde; idos a descansar... es mejor...

—¡Veratchka! — gimió la madre. — ¡Queridita mía! ¡Ten confianza en nosotros!...

—Ah mamá! — interrumpió Vera con impaciencia.

El padre Ignati se sentó en una silla y echóse a reir.

—¿Conque no tienes nada? ¿Conque no hay nada? — preguntó irónicamente.

—Padre! — dijo Vera con acritud, incorporándose en el lecho — ya sabes que te quiero y que quiero a mamá... No tengo nada, lo aseguro... un poco de fastidio y nada más... Ya se me pasará... Pero hay que acostarse.. y yo misma tengo sueño... Hablaremos mañana, o cualquier otro día...

El pope se levantó tan bruscamente que la silla fué a dar contra la pared, y tomó la mano de su mujer, diciendo:

—¡Vámonos!...

—¡Veratchka!

—¡Vámonos, te digo! — gritó Ignati.

—Desde que ella se ha olvidado del mismo Dios, ¿qué somos nosotros para ella?...

Casi por fuerza se llevó a Olga Stepanovna. Esta, en la escalera, se detenía murmurando con una especie de rabia al oído de su esposo:

—¡Ah! tú, pope, eres quien la ha hecho así! ¡De ti saca esas maneras! ¡Tú responderás de eso!... ¡Ah! qué desgraciada soy!

Y lloraba, y sus ojos, húmedos, parpadeaban de pena, y sin ver los peldaños ponía el pié al azar cómo si la escalera fuese un abismo en que quisiera desaparecer para siempre.

Desde aquél día el padre Ignati no volvió a hablar a su hija. Esta fingió no advertirlo.

Permanecía, como antes, acostada en su habitación, o andaba restregándose los ojos como para sacarles algo que la incomodaba.

A veces salía de paseo. Lo hacía generalmente al caer la tarde. Y sucedió que ocho días después de la nocturna conversación, salió a la hora acostumbrada y fué a arrojarse bajo el tren, que la cortó en dos.

El padre Ignati la enterró con sus propias manos; pero su mujer no apareció en la iglesia. Al saber la trágica muerte de su hija, la había acometido un ataque de parálisis.

Quedóse sin poderse mover, en su cuarto semioscuro, mientras que las campanas doblaban no lejos de ella. Oyó la gente saliendo de la iglesia, oyó cantar los salmos delante de la casa. Hizo inútilmente un esfuerzo para persignarse, pero la mano se negó. Quiso decir: "¡Adiós, hija!" pero la pesada lengua no se movió en su boca.

Al verla tán inmóvil, tan tranquila, se podía creer que descansaba; pero tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

La concurrencia había sido grande en la iglesia. A los conocidos del padre Ignati se habían agregado algunos extraños. Todos compadecían a Vera, muerta de un modo tan atroz, y trataban de descubrir en la voz y los ademanes del pope señales de su dolor. No se le quería, pues era de trato rudo y maneras orgullosas. Detestaba a los pecadores y no les perdonaba. Sin embargo era envidioso y avaro, y no dejaba de hacer pagar a sus feligreses más de lo que debían.

Así, pues, aquel día se le observaba. Se hubiera querido verle llorando, quebrantado, reconociéndose doblemente responsable de la muerte de su hija, como padre cruel y como mal sacerdote, incapaz de proteger contra el pecado a los de su misma sangre.

Todos los ojos le miraban con curiosidad. Pero él, sintiendo todas aquellas miradas fijas en su persona, se esforzaba por erguir sus fuertes y anchos hombros, menos preocupado de la pobre muerta que de su propia dignidad que

no quería comprometer demostrando públicamente su dolor.

—¡Qué pope bien templado! — dijo el carpintero Carnezof, a quien debía quince rublos.

El padre Ignati fué en la misma actitud al cementerio, del que volvió también, erguido y firme. Sólo, ante la puerta de su mujer, doblegó ligeramente las espaldas; pero puede que esto fuera porque el pope era alto y las puertas bajas.

En un principio no pudo distinguir el rostro de su esposa. Pero, acostumbrándose a la obscuridad, se quedó pasmado al ver a Olga Stepanovna tan tranquila y sin huellas de lágrimas en los ojos.

Y aquellos ojos no expresaban ni cólera ni dolor; callaban obstinadamente. Carecían de vida y de fuerza, como aquel cuerpo obeso hundido en la pluma...

—¡Y bien! ¿Cómo te sientes? preguntó el pope.

Su boca, como los ojos, permaneció muda.

El padre Ignati se acercó a su mujer y le pasó la mano por la frente: estaba fría y húmeda, y Olga Stepanovna no expresó con signo alguno que hubiese sentido el contacto. Y cuando el pope retiró la mano, dos ojos fijos, grises (de un gris profundo que la dilatación de las pupilas hacía casi negro), lo miraron sin pestañear, sin traslucir ni encono ni tristeza.

—Entonces, me voy a mi cuarto...— dijo el pope que comenzaba a sentir el frío del miedo.

Entró en la sala, en que todo estaba limpio, bien arreglado como de costumbre, y, pensó que los sillones, en sus fundas blancas, parecían muertos envueltos en sudarios... De una de las ventanas colgaba una jaula de alambre; pero estaba vacía, con la puerta abierta.

—¡Nastasia! — gritó el pope.

Su voz le pareció grosera y le incomodó haber gritado tan fuerte en aquella morada tan apacible, inmediatamente después de la muerte de su hija.

—¡Nastasia! — repitió más quedo. — ¿Dónde está el canario?

La cocinera había llorado tanto que tenía la nariz hinchada y ridículamente roja. Contestó con rudeza:

—¡Qué sé yo!... ¡Ya ve usted que se ha escapado!

—Y ¿por qué lo las dejado escapar? — replicó amenazador el padre Ignati, frunciendo el entrecejo.

Nastasia rompió a llorar de nuevo, enjugándose la frente con una punta del pañuelo que llevaba a la cabeza, y dijo entre sollozos:

—Era la almita de la niña... ¿acaso se la podía detener?

Parecióle entonces al padre Ignati que el alegre canario amarillo que cantaba hacía poco con la cabeza inclinada, era efectivamente el alma de Vera, y que si no hubiese volado, Vera no hubiera podido morir... Y su cólera contra la cocinera creció, haciéndole gritar:

—¡Vete de aquí!

Y como Nastasia no daba con la puerta, agregó:

—¡Imbécil!

II

Desde el día del entierro el silencio se había establecido como soberano en la casita.

No era un silencio vulgar por ausencia de domésticos ruidos, sino el silencio especial, extraño, como de expectativa, que se cierne, cuando los que callan podrían hablar (o parece que pudieran) y no quieren hacerlo.

Así pensaba el padre Ignati cuando entraba en el cuarto de su mujer y encontraba la misma mirada obstinadamente fija, tan pesada, tanto que el aire de la habitación no le parecía aire, sino plomo que le comprimiera la cabeza, los hombros y lo aplastara...

Así pensaba el padre Ignati cuando contemplaba los cuadernos de música de su hija — en los que su voz parecía impresa — y sus libros, y su gran retrato en colores, que había llevado de San Petersburgo!...

Contemplaba aquel retrato de un modo raro, sistemáticamente. Miraba primero la mejilla (iluminada en el retrato) representándose el rasguño que había visto en el rostro de Vera, muerta, y cuyo origen no pudo explicarse nunca... Cada vez que se acercaba al retrato sentía la misma curiosidad y se decía:

—Si fuera el treno no le hubiera hecho sólo un rasguño... le hubiera destrozado la cabeza... Pero Vera la tenía intacta ...Puede que alguien la haya rozado por casualidad con el pie después del accidente.

Pero pensar largo rato en estos detalles era horroroso, y el padre Ignati pasaba entonces a los ojos del retrato.

Eran negros y hermosos, con largas pestañas de sombras profundas que daban al blanco del ojo un extremado brillo. Hubiéranse dicho dos ojos engarzados en marcos de luto. El pintor, sin fama pero con talento, les había dado una expresión curiosa. Era como si entre los ojos y el que los miraba hubiera una gasa muy fina y transparente, algo como el impalpable polvillo que cae sobre la reluciente madera de un piano y atenúa el brillo demasiado vivo del barniz.

Y en cualquier punto que se situara el padre Ignati, los ojos lo seguían con insistencia. Pero no le hablaban. Guardaban un silencio bravío, tan intenso que lo veía materializarse.

Entonces, y poco a poco, el padre Ignati llegó a pensar "que oía el silencio"...

Todas las mañanas, después de misa, entraba en el salón, echaba una ojeada a la jaula vacía y a todo el mueblaje, sentábase en un sillón y cerraba los ojos.

Escuchaba el silencio de la casa.

El silencio que descendía de la jaula era dulce y tierno, dejaba adivinar penas, lágrimas, risas lejanas y muertas... El silencio de su mujer, aunque atenuado por las paredes, era hostil, pesado, espantoso, tan espantoso que el pope se estremecía hasta en los días de mayor calor... Largo, frío como la tumba, enigmático como la muerte, era el silencio de su hija...

Un día el padre Ignati, abrumado por este triple silencio, sintió un deseo repentino y violento de hablar en voz alta, de hablar solo; pero una fuerza superior a su deseo, lo dejó inmóvil y mudo... Comparó esta inmovilidad a la inercia de una larga, de una larguísima barra de hierro... ¡Se la representaba, la veía con los ojos cerrados!... Y bien pronto, allá en el extremo, muy lejos, comenzó a balancearse, luego a vibrar, dulce, tímida, quejumbrosamente...

Apoyado en los brazos del sillón, con el cuello estirado, Ignati escuchaba con una alegría mezclada de espanto la presentación de aquellos sonidos nacientes, y aguardaba que llegasen hasta él... Pero la vibración se rompió de pronto, quebróse el sonido y se extinguió repentinamente.

—¡Qué estupidez! — murmuró el pope, dejando el sillón e irguiendo su alto cuerpo, derecho todavía.

Acercóse a la ventana, miró la plaza llena de sol, y allá en frente, las paredes de un largo depósito sin ventanas. En la esquina paraba un "izvoschtchik" (coche de plaza) semejante a un monumento de tierra cocida... ¿Por qué permanecía allí, donde durante horas enteras no pasaba nadie?...

III

Fuera de su casa el padre Ignati solía hablar mucho: al clero, a los feligreses, en ejercicio de sus funciones y a las personas en cuya casa iba a jugar a los naipes de tiempo en tiempo. Vuelto a su casa, ya no recordaba haber pronunciado una sola palabra en todo el día.

Esto le pasaba porque con extraños no podía hablar de lo único que le interesaba, del misterioso problema en que pensaba todas las noches: el suicidio de su hija.

¿Por qué se había suicidado Vera?

El insomnio se apoderaba de él todas las noches. Veía la escena nocturna y el momento en que, de pie con su mujer junto al lecho de Vera, pronunció estas palabras:

—¡Dinos lo que tienes!

Pero hasta aquí llegaba la claridad del recuerdo, y lo que seguía era distinto de la realidad. En las tinieblas de sus ojos cerrados permanecía el cuadro siempre vivo de la noche dolorosa. Veía a Vera incorporándose en el lecho y diciendo... Pero ¿qué decía?

Esta palabra no pronunciada por Vera, esta palabra que debía aclararlo todo, parecía realmente suspendida, tan cercana que el pope, tendiendo el oído, comprimiendo los latidos de su corazón, creía oirla casi... ¡Estaba tan lejos, sin embargo! El padre Ignati se incorporaba en el lecho, tendía las manos, agitándolas, y gritaba:

—¡Vera!

El silencio fué la respuesta...

IV

Una noche el pope entró en el cuarto de Olga Stepanovna. Hacía cerca de ocho días que no la había visto.

Sentóse a la cabecera de la enferma, y dijo, apartando la vista de su mirada tan obstinadamente fija:

—¡Madre! Quiero hablar contigo de Vera... ¿Me oyes?

Pero los ojos permanecieron fijos. Entonces el padre Ignati, alzando la voz, comenzó a hablar con el tono severo que usaba con los penitentes:

—Sé que ves en mí la causa de la muerte de Vera. Pero, piénsalo bien, ¿acaso la amaba menos que tú? ¡Qué singularmente raciocinas! Era severo, es verdad, pero ¿eso le impidió acaso hacer su voluntad? Renunció a mi autoridad de padre y bajé la cabeza cuando, sin temer mi maldición, se marchó... allá!... Y tú, vieja, ¿no le habías suplicado que se quedase? ¿No lloraste hasta que te ordené callar? ¿La eché yo al mundo? ¿Le hice yo ese corazón tan ingrato, tan duro? ¿No le hablaba siempre de Dios, y de sumisión y de afecto?

El padre Ignati miró furtivamente los ojos de su mujer, pero se volvió en seguida.

—¿Qué podía yo hacer cuando no quería confiarnos sus pesares?... ¿Ordenar?... ¡ordené! ¿Suplicar?... ¡supliqué!... ¿Qué piensas que debí hacer?... ¿ponerme de rodillas ante mi hija y llorar como una mujerzuela?... ¿Podía yo saber lo que tenía en la cabeza?... ¡Oh, hija cruel y sin corazón!...

Y el pope se golpeó fuertemente las rodillas con los puños.

—No nos tenía cariño alguno — continuó, — ¡eso es lo que quiero decirte!... ¡No hablemos de mí que soy un tirano, convenido! Pero ¿te quería a ti, que llorabas y te humillabas ¿te quería?... Debemos creerlo, cuando, para consolarte, eligió una muerte atroz y envilecedora... cuando ha expirado en la calle, entre el lodo, como un pe...rro, como un perro muerto a puntapiés...

La voz del pope se había puesto baja y ronca.

—¡Ah, me avergüenzo de salir a la calle! ¡Me avergüenzo ante Dios!... ¡Hija cruel e indigna! ¡deberías ser maldita en tu tumba!

El pope dejó de hablar, y cuando volvió los ojos hacia su mujer, la vió desmayada.

No volvió en sí hasta varias horas después de esta escena, y sus ojos volvieron a su impenetrable fijeza. ¿Recordaba o no lo que el pope había dicho a su cabecera?

Era en julio. Esa misma noche, noche tibia y tranquila bajo la luz de la luna, el padre Ignati subió la escalera en puntas de pié, para que su mujer y la enfermera no lo oyesen, y entró en el cuarto de Vera.

La ventana de la buhardilla no se abría desde el fatal suceso; y el cuarto, deshabitado, tenía el indefinible olor que se desprende de las paredes, de las maderas, de los muebles, de los menores objetos; olor producido por el invisible pero incesante desgaste de las cosas. El aire era allí seco y caliente, con un vago olor que procedía del techo de hierro caldeado por el sol del día. Un ancho rayo de luna caía de la ventana, y reflejado por el pavimiento, bien lavado y muy blanco, difundía hasta los rincones de la pieza una semiclaridad en que la camita blanca, limpia, con sus dos almohadas, se esfumaba hasta parecer vaporosa.

El padre Ignati abrió la ventana. Una oleada de aire fresco entró, saturado del acre olor del río cercano, mezclado con el aroma de los tilos florecidos. Oíase a lo lejos un coro; gente que se paseaba por el agua sin duda...

Descalzo, con paso felino, el padre Ignati se acercó como un fantasma al lecho vacío, dobló las rodillas, rodeó con sus brazos las almohadas, hundió la cabeza en el sitio en que Vera había reclinado la suya.

Así permaneció largo tiempo.

Poco a poco el coro se había elevado, acercándose, luego decreció y las voces se extinguieron en la noche. El padre Ignati seguía en la misma dolorosa actitud, con los cabellos negros esparcidos sobre los hombros y la cama. La luna subía, y el cuarto estaba obscuro cuando alzó la cabeza. Púsose entonces a hablar en voz baja, dando a su voz todo el ardor de un afecto largo tiempo contenido y no confesado, y escuchaba sus propias palabras, como si no fuera él sino Vera quien las escuchase:

—¡Vera!... ¡hija mía!... ¿Comprendes lo que quiere decir esto, hija mía?... ¡Hijita querida!... ¡Mi sangre y mi corazón!... Mi vida, la vida de tu viejo padre, tu padrecito, ya con los cabellos emblanquecidos y débil...

Los hombros del pope se estremecieron, y su pesado cuerpo se agitó. Pero reprimió este calofrío de emoción, y murmuró tiernamente, como una criatura:

—Tu viejo padre... te pide, no, Veratchka, te suplica... llora, él, que hasta hoy no había llorado!... Tu sufrimiento, hija querida, y tus pesares, son también míos... más que míos!...

Y sacudió la cabeza, para afirmar.

—¡Mucho más, Veratchka! ¿Qué es la muerte para mí, viejo como soy? ¡Pero, para ti!... ¡Si supieras cuán frágil y débil y tímida eres!... Recuerda cómo lloraste el día que te pinchaste el dedito... Corría la sangre... caía gota a gota... Y tú me quieres, hija mía, me quieres, ya lo sé... ¡Todas las mañanas ibas a besarme la mano!... ¡Díme, díme la angustia que te atormenta, y con estas manos, mira, con estas mismas manos, sofocaré tu pesar! ¡Todavía tienen fuerzas. Vera!... ¡Vamos, habla, Vera!... ¡Dímelo!... ¡Habla!...

El padre Ignati echó hacia atrás su pesada cabellera, y repitió:

—¡Habla!

Tendió las manos, miró fijamente a la pared y repitió:

—¡Habla!

De pronto, hasta el cuarto tranquilo, llegó de muy lejos el silbido prolongado y entrecortado de un tren.

Con los ojos dilatados por el espanto, el pope miró en torno suyo, espantado, como si acabara de ver salir de la sombra, allí delante, un espectro con el cuerpo mutilado y sangriento...

Entonces se levantó lentamente... Con un ademán extraño, con un ademán de autónomata, apretóse las sienes con las manos cuyos dedos tenía separados y tiesos... Luego, paso a paso, de espaldas, ganó la puerta, murmurando todavía:

—¡Habla!

Y el silencio fué la respuesta.

V

Al día siguiente, después de almorzar, el padre Ignati se encaminó solo al cementerio. No había vuelto a él desde el día del entierro.

Hacía calor, las calles estaban desiertas.

El pope cuidaba de su modo de andar por costumbre. Esforzábase por erguirse y miraba a uno y otro lado con autoridad, sin pensar que pudiera haber cambiado y que fuese visible la reciente debilidad de sus piernas. Sin embargo, su larga barba, tocada por nieve prematura, se había puesto completamente blanca.

El camino que conducía al cementerio era una larga calle recta, en cuyo extremo el arco blanco de la puerta dibujaba la brillante dentadura de una boca sombría eternamente abierta. La tumba de Vera se hallaba en el fondo del recinto, en un lugar en que terminaban los caminos cuidados, y el padre Ignati tuvo que buscarla mucho tiempo, vagando por senderos estrechos y entrecortados, junto a los verdes montículos de las sepulturas abandonadas. Aquí y allí veíanse monumentos inclinados por el tiempo, hierbas parásitas, rejas rotas, pesadas losas medio sepultadas en el suelo.

Contra una de estas piedras apoyábase la tumba de Vera, recientemente cubierta de trozos de césped que amarillaban ya. Pero alrededor todo era fresco y verde. Los árboles confundían sus follajes, y sobre la tumba misma un sauce inclinaba sus largas ramas, cubiertas de hojillas.

El pope se sentó sobre una tumba vecina, miró en torno suyo y alzó una mirada al cielo azul de oriente, en que resplandecía el incandescente disco del sol. Sólo entonces notó el silencio profundo, incomparable, que reina en los cementerios cuando no hace viento y las hojas no se mueven. Y del padre Ignati apoderóse otra vez la extraña idea que había concebido su cerebro enfermo.

Parecióle que el silencio que lo envolvía no era el silencio común, sino "un silencio a propósito", que se difundía hasta las tapias de ladrillo del cementerio, las escalaba pesadamente, pasaba sobre la ciudad y no concluía sino allá abajo, en los ojos grises, impertérrita y obstinadamente mudos de la paralítica.

Ignati, trémulo, sacudió los hombros y bajó los ojos hacia la tumba de su hija. Miró detenidamente los cortos tallos de la hierba amarillenta — arrancada a los campos vecinos y que aun no habían tenido tiempo de arraigar en aquel suelo, — y no pudo imaginarse que Vera estuviese allí, bajo la hierba, a dos palmos de él. Esta proximidad misteriosa sembraba en su alma una turbación indefinida al mismo tiempo que un sentimiento de rebelión. ¡De modo que la iba poco a poco acostumbrándose a considerar como desaparecida en las terribles profundidades de la muerte, estaba allí, allí, tan cerca!...

Sin embargo, le pareció que si pronunciaba una palabra, una palabra que "tenía casi en los labios", Vera se levantaría y saldría de su tumba, tan esbelta y hermosa como antes. ¡Y no se levantaría sola, sino que con ella se alzarían todos los muertos, cuyo murmullo era tan espantosamente perceptible en su solemne y helado silencio!...

El padre Ignati quitóse el sombrero negro de anchas alas, acarició el ondulado cabello, y murmuró:

—¡Vera!

Pero, incomodado por el pensamiento de que alguien pudiese oirlo, subió a la tumba y miró por arriba de las cruces: no había nadie. Entonces repitió en voz alta:

—¡Vera!

Era la antigua voz del padre Ignati, seca y presuntuosa. ¡Sorprendente sería que un llamamiento tal quedase sin respuesta!

—¡Vera! — repitió la voz, insistente y alta.

Y cuando su eco se extinguió, el pope creyó oir en alguna parte, abajo, sin duda, indistintamente, una especie de respuesta...

Volvió a mirar en torno suyo, luego se inclinó, apartó sus cabellos del oído, lo apoyó contra el césped duro y erizado, y murmuró:

—¡Vera! ¡díme tu secreto!

Entonces el pope sintió con terror que en su oído penetraba un frío de tumba que le helaba el cerebro y que era la respuesta de su hija; pero lo que le decía era el mismo largo silencio que había oído ya en el salón familiar. Y la turbación del pope creció, se convirtió en espanto. Y cuando, merced a un esfuerzo, pudo levantarse, pálido como un cadáver, parecióle que el aire entero se estremecía, sacudido por el retumbante silencio de la tumba, como si, sobre el mar terrible de la Muerte, se hubiese levantado una fantástica tempestad... El silencio lo ahogaba, rodaba en ondas glaciales sobre su cabeza, agitaba sus cabellos, se quebraba contra su pecho lleno de sollozos.

Azorado, temblroso, el padre Ignati se alzó lentamente, paseando en contorno miradas furtivas y agudas. Después de largos y dolorosos esfuerzos para dar a su cuerpo la altanera actitud de costumbre, sacudió el polvo de sus rodillas, púsose el ancho sombrero, hizo tres veces la señal de la cruz sobre la tumba y se alejó con paso que en vano trataba de hacer igual y firme.

Pero he aquí que de pronto el cementerio cesó de serle conocido, y no supo qué dirección tomar... Detúvose un instante en el cruce de dos senderos y sonrió de un modo extraño.

—¡Me he extraviado! — pensó.

Su vacilación no duró más de un segundo, y, sin reflexionar, torció a la izquierda, apresurando el paso. Porque ya no podía detenerse ni esperar. Bien lo comprendía: el silencio lo arrojaba de allí, le ordenaba la fuga; y aquella orden procedía de todas las tumbas, de todas las losas, de todas las cruces grises y taciturnas; emanaba de la tierra misma, saturada de cadáveres; llegaba a él en delgadas flechas mortales; ¡lo perseguía!

Ignati tomó un andar más rápido, multiplicó sus pasos. Pero en la turbación de su espíritu, giraba alrededor de las mismas sepulturas, tomaba los mismos senderos... Entonces saltó por encima de las tumbas, tropezó contra las rejas, las trepó dejando en ellas girones de sus ropas... Las lanzas de hierro lo enganchaban, las puntas de las coronas de latón le ensangrentaban las manos... ¡Huía, flotándole la sotana, con el cabello al viento, lívido, gesticulando, saltando, con los ojos fuera de las órbitas, el rostro convulso, y de su boca abierta salían los sordos estertores de su agitada respiración!...

Por fin, sin saber cómo, hallóse fuera, en una plazuela en que se veía la blanca iglesia baja del cementerio... Cerca del pórtico, en un banco poco elevado dormitaba un anciano que parecía un peregrino llegado de muy lejos. Junto a él injuriábanse dos viejas mendigas...

VI

Cuando el padre Ignati volvió a su casa, caía ya la noche y el cuarto de Olga Stepanovna estaba alumbrado por una lámpara.

Sin quitarse el sombrero, sin mudarse las ropas polvorientas y desgarradas, entró rápidamente y cayó de rodillas.

—¡Madre! ¡Olga!... ¡Ten compasión de mí!... ¡Siento que voy a volverme loco!...

Golpeó la frente contra el borde de la mesa y sollozó estrepitosamente, cómo hombre que no hubiese llorado nunca.

Lloró largo tiempo.

Y cuando volvió a levantar la cabeza, una nueva idea habíase apoderado de él. Estaba convencido de que iba a realizarse un milagro, de que su mujer, desarmada ya, iba a hablarle y compadecerlo!...

Arrastró su voluminoso cuerpo hasta el lecho de Olga Stepanovna, tendió hacia ella el rostro ansioso...

Pero, una vez más, encontró la mirada fija de los ojos grises, en que no leía ni conmiseración ni cólera!... ¡Puede que su mujer lo compadeciera! ¡Puede que le hubiese perdonado! ¡Pero... sus ojos no lo decían!

Estaban mudos, siempre mudos, irremediablemente mudos... y callaban!

VII

...¡Y la casa entera callaba también, negra y vacía!

LEONIDAS ANDREIEF

Está en venta el primer tomo de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

"La Revolución Social en Francia"

336 páginas, $ 1.50 m/n

CIENCIAS NATURALES

Los progresos recientes de la paleontología humana

Una ciencia joven, pero en sumo grado cautivante, es la paleontología humana, que trata de darnos a conocer al hombre y sus manifestaciones industriosas desde la época en que apareció sobre el globo hasta aquella en la que el clima, los continentes, los mares, las faunas y las flores, se presentaron tal cual son hoy día. Impuesta casi de viva fuerza al mundo sabio por Boucher de Perthes, quien estudió los silex tallados de Abbeville (1838) y de Saint-Acheul (1854), en el Somme, ella se ha desarrollado paulatinamente en el curso del siglo pasado y con empuje extraordinariamente rápido, a partir del siglo actual.

Todas las naciones de la Europa central y occidental han contribuido a su progreso, pero ninguna de ellas en la medida de Francia, que le dió nacimiento y le suministró sus materiales más importantes. El extinto príncipe Alberto de Mónaco reconoció esta supremacía y consagró la joven ciencia, fundando en París, bajo la dirección de un paleontólogo francés eminente, M. Marcellin Boule, el Instituto de Paleontología Humana, — y hace muy poco la administración de Bellas Artes de Francia, inauguraba el Museo Prehistórico de Eyzis, muy cerca del lugar en el que Luis Lartet, en 1868, descubrió cinco esqueletos humanos fósiles, en la gruta de Cro-Magnon.

FAVOR ACTUAL QUE EL PUBLICO DISPENSA A ESTA CIENCIA.—

La historia de nuestros antepasados más lejanos, ha interesado siempre al público culto; pero nunca como en estos tiempos. Este acrecentamiento del interés, se debe, por una parte, a los descubrimientos sensacionales efectuados en la Chapelle-aux-Saints, en la región de Corréze, por los abates Bouyssonie y Barton; en la Dordogne, región de Ferrassie, por los señores Capitán y Peyrony, pero sobre todo a M. Boule, quien ha sabido avalorar científicamente estos materiales, y en una obra magistral que lleva el título de *Los Hombres Fósiles*, exponer con lucidez admirable lo más preciado de nuestros conocimientos en paleontología humana.

El favor del público se ha manifestado con plena evidencia por la venta del libro de M. Boule, cuyo tiraje en la primera edición, alcanzó millares de ejemplares, y fué agotada en algunos meses. Acaba de salir a luz la segunda edición de la misma obra y parece que va a tener el mismo éxito. Muestra, en todo caso, que el favor del público marcha a la par con las investigaciones; pues muchos descubrimientos nuevos se señalan y discuten en la obra. Por otra parte, desde la fecha recientísima en la que esta edición fué ofrecida al público, han sobrevenido otras investigaciones: las de Depéret y Arcelin, en Golutré; las del abate Lemozi en los cauces del Lot, que vienen a aumentar el contingente de nuestros conocimientos sobre los hombres fósiles. Es a estos aportes nuevos, sobre todo, a los mencionados en la segunda edición del libro de M. Boule, que yo quiero consagrar este artículo. Pero antes, para avalorar estos aportes y hacer la exposición más clara, conviene indicar las fases sucesivas que en nuestras regiones constituyen el período prehistórico durante el cual vivieron los hombres fósiles.

OJEADA SOBRE LA CRONOLOGIA DE LOS TIEMPOS GEOLOGICOS.—

Desde la época prodigiosamente remota en la que los primeros seres vivientes dejaron huellas en las capas terrestres, hasta los tiempos en que vivimos, el globo ha sufrido vicisitudes que le llevaron progresivamente al estado actual. Esas vicisitudes han permitido dividir su historia en cuatro eras sucesivas: primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria.

Nosotros estamos en el segundo período, llamado *actual*, de la era cuaternaria, aquella en la que el hombre, en nuestros países por lo menos, se sirvió primero del *silex polis* (edad neolítica), luego, sucesivamente, halló el medio de utilizar el cobre, el bronce y el hierro; (edad de los metales).

Este período pasa progresivamente de la prehistoria a la historia; fué precedido por el período *paleolítico*, en el cual el hombre *tallaba el silex por golpes*, y no tenía otras moradas que las grutas y las cavernas. En aquel entonces, se establecían, por pequeños retoques, las formas continentales actuales que se habían modelado progresivamente en el curso de la era terciaria: retoques que conducían a la formación del paso de Calais, el de los Dardanelos y del mar Egeo, a la emersión de los istmos de Panamá y de Suez, etc., etc.

Bien que, por todos conceptos, no haya sino diferencias accesorias entre el fin de la era terciaria y el comienzo de la cuaternaria. Sólo en esta última aparecen las primeras huellas de la humanidad. Es posible que el hombre haya existido en las últimas fases de la era terciaria; pero no tenemos hasta ahora, prueba de ello. Es, pues, con el período paleolítico, que se entra en el campo de la paleontología humana; el período paleolítico fué el reino de los hombres que nosotros encontramos hoy en estado fósil.

LAS EPOCAS O EDADES DEL PERIODO POLEOLITICO.—

Al principio, los tiempos paleolíticos se caracterizan por precipitaciones at-

Primero bendice las armas...

después los heridos por ellas...

y luego, bendice la mesa.

mosféricas abundantes que dieron a los cursos de agua amplitud extraordinaria y a los glaciares inmensa extensión. Entonces, como en la fase interglacial que se produjo en seguida, el clima era suave, permitiendo a los hipopótamos, a los elefantes y a los rinocerontes de pelo ralo y corto, vivir en nuestras regiones, con grandes felinos tales como los *machairodus*, cuyos dientes caninos eran enormes. Esta es la *edad del hipopótamo*.

Sobreviene una nueva fase glacial menos importante porque el clima se hace más frío. Las especies de la edad precedente desaparecen, siendo reempiazadas por grandes herbívoros de gruesa piel, el mammouth, que es un elefante, el rinoceronte de nariz tabicada y por carniceros, leones y osos, que se refugiaban en las grutas donde se encuentran a veces sus huesos al lado de los del hombre. Es la *edad del mammouth*.

Luego llega la fase postglacial, que finiquita el período paleolítico; el clima se hace seco y frío, haciendo desaparecer paulatinamente a los mammouths y rinocerontes y atrayendo a la llanuras, en medio de los bisontes y de los uros, al reno y al zorro de las estepas subpolares; a la gamuza, al chivato y a la marmota, que, normalmente, viven en las montañas. Es la *edad del reno*, que conduce el neolítico, en el que los climas, las faunas, la flora y los continentes, toman los carácteres que tienen actualmente.

FASES SUCESIVAS DE L AINDUSTRIA HUMANA, DURANTE EL PERIODO PALEOLITICO.—

Simultáneamente aparece y se desarrolla la industria humana. En el comienzo cuando vivían los hipopótamos, se manifiesta bajo la forma de silex, de disposición almendrada, groseramente tallado en las dos caras, y de bordes irregulares; es el arte *Chelléen*, cuyos productos más típicos fueron encontrados primero en Chelles, en Seine-et-Marne. En las postrimerías de esta edad y en la siguiente, se desarrolla el arte *acheuléen*, más delicado, aunque de la misma naturaleza, como lo testimonian los silex de Sain-Acheul, cuyas formas son más elegantes, el tallado más fino, los bordes más regulares.

Cuando la edad del mammouth llega a su apogeo, se producen grandes progresos. El hombre domina ya el fuego y establece hogares. Comienza a fabricar instrumentos con los huesos; a los silex amigdaloides que perfecciona, añade otros tallados en una sola cara, y los aguza en punta, en raederas. Es el arte *moustierien*, cuya localidad clásica es la aldea de Moustier, en Dordogne.

En la edad del reno, la industria hace progresos rápidos, cuyos estadios sucesivos se caracterizan por los materiales recogidos en Haute Garonne, en la gruta de Aurignac; en Saóne-etLoire, en el osario caballar de Golutré, y en La Madeleine, en Dordogne. La industria *aurignacienne* fabrica los silex más varios y finos que los de Moustier, y numerosos instrumentos de hueso o de marfil; la industria *solutréenne* conduce a su perfección el tallado de los silex, a los que transforma en hojas de laurel, en hojas de sauce, etc.; la industria *magdaléniennc* es menos experta en el arte de los silex, aunque más en el trabajo de los huesos y del marfil con los que fabrica arpones, instrumentos y diversas armas.

Paralelamente, los gustos artísticos se desarrollan en las diferentes fases de la edad del reno. Al volver de la caza, en las cavernas que les servían de abrigo, los hombres de esa época empleaban sus ocios en dibujar sobre las paredes, en grabar sobre los huesos o sobre el marfil, los grandes animales de la región, representándolos, a veces, enteramente en relieve o en estatua. Estas representaciones de animales, son casi siempre notables por la justeza de la forma y la verdad de las actitudes; señalan una espiritualidad que se manifiesta, por otra parte, por el culto a los muertos (lápidas encontradas sobre las tumbas en Golutré, por Depéret y Arcelin) y por ritos religiosos (signos cabalísticos formando relieve sobre las figuras magdaleniennes, halladas por Hemozi). Como lo observa M. Boule, este arte fué siempre muy inferior en las representaciones humanas y se atenuó en los hombres neolíticos más ocupados en obras de industria y en trabajos agrícolas.

Cada año proporciona su lote de importantes descubrimientos en este dominio especial. El 23 de agosto de 1923, algunas semanas después de la aparición del volúmen de M. Boule, un joven y emprendedor arqueólogo, M. Norbert Casteret, al precio de fatigosos esfuerzos, logró remontar el arroyuelo que atraviesa la gruta de Montespan (Haute-Garonne) y descubrió sobre las paredes de la misma una galería seca, larga de doscientos metros, que es un maravilloso museo artístico de la edad del reno. Numerosos grabados recubren las paredes y representan los animales de la época, más raramente figuras humanas; se encuentra igualmente, en la galería, bajos relieves, estatuas de arcilla, entre las cuales un oso sin cabeza con trazas de haber sido golpeado por una lanza y con más de un metro de largo. Estas obras de arte son desiguales; conforme al parecer de los arqueólogos que las han examinado, las más groseras pertenecen a la primera mitad de la edad del reno, las otras a la edad magdalenien. La galería servía, sin duda, de taller.

"En la arcilla que tapiza el suelo y, en las paredes, a intervalos, escribe M. Barrau de Lorde, se ven cordones entrelazados y agujeros hechos con los dedos, bolas de arcilla petrificadas y cubetas de extracción de arcilla hechas con silex tallados que se encuentran acá y acullá".

E. L. BOUVIER

(*Concluirá*)

RUDOLF ROCKER

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín. Verlag "Der Syndikalist")

Mediante la constante elaboración mental de las experiencias hechas, se desarrollan en los individuos nuevas necesidades y nuevos estímulos en los dominios más diversos de la vida espiritual. De ese modo despiertan en millones de trabajadores deseo de naturaleza superior, para los cuales no han tenido la más mínima comprensión los proletarios de los períodos pasados. Y en esa evolución de las cosas está una de las mayores conquistas de las luchas proletarias contra la clase de los capitalistas. Pero también esas conquistas, que no podrían ser bastante altamente apreciadas, tienen que agradecerlas los trabajadores a su propia iniciativa y a la agrupación orgánica con sus iguales. Por la iniciativa de las clases posesoras y de las castas, no habrían experimentado nunca el enriquecimiento del contenido espiritual de su vida.

No se arguya que con la rica cultura intelectual de la época capitalista, era inevitable que una parte de esos valores culturales llegase también a los trabajadores, independientemente de la existencia y del influjo inspirador de las organizaciones obreras. En realidad se han presentado tales afirmaciones. Pero todo período tuvo en último resultado su particular cultura intelectual, con lo cual no se ha probado que la mera existencia de ella implica que puedan disfrutarla hasta un cierto grado las capas inferiores de la sociedad. ¿Quién podrá sostener, por ejemplo, que la cultura artística del período del rococó ha tenido algo que ver con las capas inferiores de la población — en este caso las vastas masas de los campesinos de la gleba?

Una cierta cultura intelectual y la necesidad de disfrutes culturales de la vida, es siempre posible sólo cuando en un pueblo, o mejor dicho en una clase social, se ha conquistado una cierta situación material que los capacita para la satisfacción de necesidades espirituales y culturales. Sin esa condición previa, está excluída toda ocupación espiritual de una especie superior. Los hombres que se ven amenazados constantemente de caer en la más profunda miseria y que no pueden disponer jamás de medios para satisfacer a medias las demandas más urgentes de la vida material, por lo general no tienen interés alguno en los valores culturales de la naturaleza intelectual. Por consiguiente, no puede hablarse de tales necesidades para los proletarios de los comienzos del capitalismo, necesidades que sólo pudieron desarrollarse después que los trabajadores arrancaron a los capitalistas en el curso de décadas, una elevación de su situación material. Con eso quedó establecida la condición previa sobre cuya base se hizo posible un desenvolvimiento de las necesidades espirituales y culturales de la clase obrera.

El capitalismo no ha fomentado esas aspiraciones intelectuales de los trabajadores. Al contrario, las persiguió siempre con ojos envidiosos y desconfiados, y no desperdició ningún medio para obstaculizarlas. Hasta hoy el capitalista no dejó pasar ninguna ocasión propicia que le diese la posibilidad de rebajar a un nivel más bajo la situación de los trabajadores, y no se atiende a ningún escrúpulo sobre si esa percepción brutal de sus intereses obstaculiza o excluye por completo las aspiraciones a la instrucción en los trabajadores. Para los capitalistas, como clase, es siempre actual la frase del ministro español Juan Bravo Murillo: "No necesitamos en España gente capaz de pensar, lo que necesitamos son bestias de carga."

La elevación material y la elevación intelectual.—

Es, pues, indiscutible, que los trabajadores se han conquistado en constante lucha con el capitalismo, mejores condiciones de vida, que no se limitaron sólo a una elevacion de su situacion puramente material, sino que han fomentado y desarrollado esencialmente también sus necesidades de valores morales y culturales. Se podría objetar, es verdad, que esas conquistas mínimas son completamente insignificantes y sin importancia en comparación con el objetivo socialista del movimiento obrero revolucionario. Realmente hay un número de llamados "radicales" que, partiendo de tal punto de vista, rechazan como sin perspectivas y como "reformista" todo ensayo de mejorar la situación proletaria dentro de la sociedad actual, y sólo hablan de una lucha "por el todo", que necesariamente debe quedar siempre en palabras.

Cuando se consideran cosas puramente abstractas y se menosprecia la realidad por completo, parece ciertamente que todas las luchas de los trabajadores por mejoramientos prácticos, sean inútiles. En realidad ¿qué valor tienen todos esos mejoramientos, que han arrancado los obreros a los capitalistas en continuas y tenaces luchas de muchas décadas, si se comparan con el ideal de un porvenir socialista? Pero tal consideración puramente abstracta de las cosas ha producido ya muchos daños. Se pierden así demasiado de vista las duras realidades de la vida y se sustituye la firme voluntad de obtener mutaciones, por los piadosos deseos y las fantasmagorías sofísticas, tras lo cual no se oculta ningún principio claro. Empequeñézcanse lo que se quiera desde las alturas del "principio puro", las conquistas prácticas de las luchas proletarias y menospréciense como inútiles; para los proletarios, sin embargo, significan infinitamente mucho.

Pregúntese a un proletario mismo, al hombre que debe extenuarse en una dura labor cotidiana en el taller, en la mina, en el campo o en los altos hornos a fin de ganar los míseros medios para el sostenimiento de la vida, pregúntesele lo que han significado esas insignificantes mejoras para él y para su familia. Inténtese hacerle ver que en el fondo no significa nada el que sude ocho o doce horas, pues en uno y otro caso permanece siendo un esclavo del salario.

O explíquese a la mujer del pueblo, que debe atender con el salario que su esposo trae a casa los sábados, las necesidades de la familia, explíquesele que en sí y por sí nada importa que el salario alcance para poder comprar únicamente pan y patatas, como hemos visto en el período de inflación y desgraciadamente vemos hoy mismo todos los días, o que alcance también para la satisfacción de otras necesidades. Explíquesele que eso tendría que serle indiferente, pues por ese hecho no se pone en peligro la existencia de la sociedad capitalista. Inténtese hacerle ver eso, y la sencilla mujer del pueblo dudará de vuestra sabiduría u os tomará por locos de atar.

Esos pequeños mejoramientos o empeoramientos en la situación proletaria, tienen una significación para las familias obreros y debe ser en efecto ciego, si no se quieren ver esos hechos. Pues al fin el trabajador vive, — incluso el socialista y el revolucionario más radical, — en la sociedad actual, a cuyo mecanismo no puede sustraerse. Su trabajo diario constituye para él en contenido esencial de la vida, la base material de su existencia individual y social, por la cual es más o menos determinada cualquiera otra actividad que ejerza. Por esa razón no puede pasar indiferentemente ante cosas que están ligadas íntimamente a su existencia personal.

El que solo sabe hablar a los trabajadores del gran objetivo y además intenta persuadirlos de que toda mejora dentro de la sociedad actual, es inútil para ellos, más aún, es imposible, obra, no obstante su supuesto "radicalismo", como el sacerdote que promete a los hambrientos el reino celestial, para que atraviesen fácilmente por el infierno de su existencia terrestre. ¿Qué otra cosa es la continua alabanza al más hermoso ideal, cuando se olvidan las tareas próximas de la lucha cotidiana y se trata de inspirar a los trabajadores el convencimiento de que esa lucha no tiene valor alguno para éllos?

Si se quiere uno convencer de que hay una diferencia en la situación del proletario, no es siquiera necesario tomar como ejemplo los obreros del período inicial del capitalismo. Basta examinar algo detenidamente las experiencias del proletariado alemán durante los últimos años y compararlas con su situación antes de la guerra. Se podrían llenar con ese material libros enteros, pero algunos ejemplos bastan para nuestro fin.

Una estadística significativa.

Hece unos meses apareció un trabajo de Fritz Reuter, que trata de las posibilidades de la exportación de la industria alemana de las máquinas. En esa obrita se encuentran también algunos cuadros estadísticos de los salarios pagados durante los últimos años en la industria metalúrgica alemana e inglesa. Tras esos secos números se oculta la tragedia sin ejemplo de la clase obrera alemana después de la guerra. Antes de la guerra, el sueldo mínimo del metalúrgico alemán, llegaba a 70 peniques aproximadamente por hora, mientras que el metalúrgico inglés, ganaba 83, es decir alrededor de un 20 por ciento más de salario que su colega de Alemania.

Cual fué esa proporción posteriormente, nos lo testimonia el cuadro siguiente:

	ALEMANIA		INGLATERRA	
Fechas	Peniques por hora	Porcentaje del salario de antes de la guerra	Peniques por hora	Porcentaje del salario de antes de la guerra
1922.—30 de enero	25	37	137	165
6 de marzo	18.4	26	139	168
1 de mayo	29.15	41.5	136	164
31 de julio	17.73	25.4	138	166
23 de octubre . . .	11.2	16	133	160
20 de noviembre . .	9.5	13.55	136	164
4 de diciembre . . .	13.5	19.6	139	168
1923.—29 de enero	8.2	11.7	141	170
5 de marzo	25.4	36.5	141	170
14 de mayo	14	20	134	161.5
4 de junio	9.6	13.7	131	158
2 de julio	22.86	32.7	132	159
24 de septiembre . .	52.63	75.2	134	161.5
1 de octubre	35.7	51	135	163
5 de noviembre . .	52	74.3	134	161.5
31 de diciembre . .	48	68.5	131	158
1924.—14 de enero	48	68.5	131	158